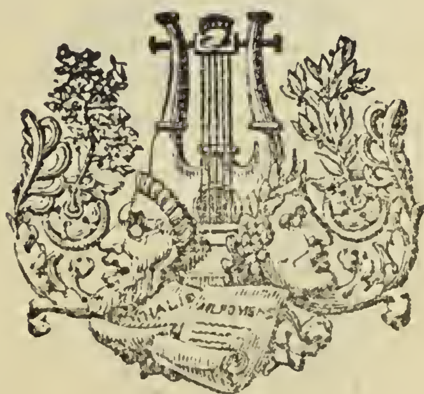
Cortés

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NADIE TOQUE A LA REINA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

14

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil:..
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.

Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Viseo.

Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes. segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rasear....
El hombre negor.
Entre dos amigos...
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento contínuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.

Flores y Perlas.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la h
Herencia de lagrimas.
Honrado y criminal á

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José Maria.

La Luna de Hiel.
La union en Africa.
Los Amantes de Chin o
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos e ñ la linda vivandera.
Los dos inseparables
La pesadilla de un ca r
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una ca .
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadre .
Los patriotas.
Los Amantes de Teru
La verdad en el Espe
La Banda de la Conde .
La Esposa de Sancho E
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu o.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madr
La Madre de San Fer ndo
Las Flores de Don Ju
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Floren a.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los ami s.
La escuela de los per ios.
La bondad sin la exp ien
La escala del poder.
Las cuatro estacione
La vida de Juan Sol lo
Las querellas del Re abi
La oracion de la tar
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la C dad.
La cruz en la sepultu .
La ninfa Iris.
La dicha en el bien a o.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camac
La Cruz del misterio
La pluma y la espad

NADIE TOQUE A LA REINA.

NADIE TOQUE Á LA REINA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. LUIS CORTÉS Y SUAÑA.

ACOMODADA A LA MUSICA POR EL MAESTRO

DON TOMÁS GENOVÉS.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

PERSONAJES.

LA REINA.
D. FADRIQUE, regente del reino.
D. FERNANDO DE AGUILAR.
BELTRAN, platero de cámara.
ESTRELLA, su mujer.
UN PAJE.

Damas, caballeros, ministros de justicia, altos dignatarios de la córte, ujieres de palacio, pajes, guardias, alabarderos y criados.

La escena pasa en Lisboa.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de palacio: en el fondo, una galeria: á la derecha, la puerta que conduce á las habitaciones de la Reina: en frente, otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

Varios grupos de CORTESANOS.

MÚSICA.

CORO.

Bien terminante
la ley está:
«nadie á la Reina
»debe tocar.»
Si alguno fuere
terco y audaz,
de muerte al punto
reo será.
Ley mas terrible,
ley mas atroz,
nunca en las Córtes
se discutió.
¿Quién, si la Reina
dá un tropezon,
para auxiliarla
tendrá valor?
De lejos siempre

se han de admirar,
segun el texto
citado ya,
las ricas perlas,
manto y demas
con que se adorna
su majestad.
¡Qué disparate!
¿No valen mas
nuestras costumbres
de Portugal,
el ser galantes
y al niño amor
rendirle humildes
adoracion?
El tocar á la Reina ó al Rey
por la ley es ilícito ya:
¡ay de aquel que quebrante la ley,
reo al punto de muerte será!
(Vánse los caballeros.)

ESCENA II.

BELTRAN, un UJIER y ESTRELLA. Durante el final del coro anterior habrán estado en la galería los dos primeros como disputando, esta última admirando el palacio.

DECLAMADO.

UJIER. He dicho que no se pasa.
BELT. ¡Que no se pasa! ¿Y á mí
(Al Ujier, que no quiere dejarles pasar.)
osais negarme la entrada?
¿Sabeis quién soy? (Con orgullo.)
UJIER. Insistir
fuera oponerse á la órden...
BELT. Que estará escrita en latin
y no la habreis comprendido.
UJIER. Yo no puedo consentir
que permanezcais mas tiempo
en este sitio: salid.

BELT. Pero, imbécil...
UJIER. Nada escucho.
BELT. ¿Y mi mujer?
UJIER. Eso sí:
vuestra señora es distinto;
pero vos...
BELT. ¡Por san Quintin!
¡Yo, el platero de la Reina,
no poder entrar aquí!
¡Eres un torpe!
UJIER. Ignoraba...
BELT. ¿Ignorabas?...
UJIER. Es decir,
vuestro destino...
BELT. ¡Zopenco!
UJIER. Perdonad... (Váse.)
BELT. Portero al fin.

ESCENA III.

BELTRAN y ESTRELLA.

BELT. ¡El platero de la Reina!
¿No llegan á percibir
tus oidos, cara Estrella,
el mágico retintin
de esas palabras sonoras?
¿No te halagan, mujer? Dí,
¿no sientes al pronunciarlas
tu espíritu revivir?
¡El platero de palacio!
¡ahí es un grano de anis!...
Por otra parte, ¡qué alegre
me contemplo y qué feliz
desde que al mérito debo
mi halagüeño porvenir!
ESTR. ¡Desde que somos esposos!
BELT. Seguramente que sí:
desde ese tiempo mi nombre
por do quiera se hace oir,
y ufano y rápido vuela
del uno al otro confin;

desde entonces don Fadrique,
regente del reino y
primo y tutor de la Reina,
me colma de honores mil.
Cuando me vé, me saluda.

ESTR. Es verdad.

BELT. Baste decir
que él honra con su presencia
mi humilde zaquizamí,
que se digna hablar contigo,
y eso...

ESTR. ¿Te dá que sentir?

BELT. Al contrario, me enaltece.
¡Pues no! Todo el mundo diz
que en política es un sabio,
y yo lo comprendo así,
porque al nombrarme platero
de cámara, es de inferir
lo mucho que la corona
ganará en lustre por mí.
Quiere casar á su prima,
segun he oido decir,
con un príncipe extranjero.

ESTR. ¿Y eso qué te importa á tí?

BELT. ¡Pues no ha de importarme! y mucho;
como que he de intervenir...
Yo soy el que está encargado
de hacer la corona...

ESTR. ¿Si?

BELT. Y ahora pueden disputar
sobre qué esposo elegir
á nuestra Reina: que sea
el de Francia, ó el Brasil,
el de Inglaterra, ó España,
tanto monta para mí.
La corona está acabada,
que es lo esencial.

ESTR. Es decir,
que sin tomar la medida,
la has hecho?

BELT. Mucho que sí.
La corona es... un sombrero

que recibe formas mil;
elástico cual la goma,
dúctil, maleable, en fin,
viene á todas las cabezas.

ESTR. ¿Á todas? me haces reir. (Riendo.)

BELT. Á todas; pero en la mia,
(Pasándose la mano por la frente.)
lo que es en la mia, aquí...
¡Oh! mírame bien, Estrella,
¿no sientes algo bullir?

ESTR. ¿El qué?

BELT. Un deseo ardiente...

ESTR. ¡Cómo!

BELT. Una ambicion febril...
Quiero que en palacio ocupes
un puesto digno; á ese fin,
al regente le he propuesto
te haga camarista...

ESTR. ¿Á mí?
¿Cómo es fácil que yo pueda
á su majestad servir
si el tocarla es un delito
tan atroz?... Vamos de aqui;
no quiero ser Camarista.
(Se dirige al fondo. Beltran la coge de la mano y la vuelve al proscenio.)

BELT. Te diré: la ley sutil
ha hecho justas excepciones
para el servicio: hé ahí
por qué es la plaza tan buena;
en ella al cabo y al fin,
se logra poder, renombre,
se adquieren honores mil,
y luego, cuando estos sobran,
se dan... ¿me comprendes?

ESTR. Sí;
eso es ya muy diferente.

BELT. (Ya la estoy viendo venir.)

ESTR. Acepto el destino.

BELT. (¡Justo!
¡Salió lo que presumí!
ya se vé, si es tan sabroso

chupar la sangre al pais!...)

ESTR. Lo acepto con sumo gusto,
porque así podré pedir
para Fernando una gracia.
¡Es tan guapo... tan gentil!...
Es mi protegido; ¿sabes?

BELT. ¡Valiente chisgaravis!
Escucha lo que te digo;
nunca llegará á subir
ni á ser nada ese mocito
que proteges...

ESTR. ¿Por qué, dí?

BELT. Porque no tiene...
(Hace como que cuenta dinero.)

ESTR. Pues mira,
todo lo ha de conseguir,
porque tiene mucho de esto...
(Señalando el corazon.)

BELT. ¡Buen caudal, por san Crispin!

ESCENA IV.

DICHOS y FERNANDO, que aparece en la galeria hablando con un Ujier.

FERN. Sí, vengo á pedir audiencia.

ESTR. ¿No oyes su voz? ¡Calla, es él!

FERN. (Acercándose..)
Os saludo, amigos mios.

BELT. (Este viene á pretender.)

FERN. Creo que vuestro destino
permite que os acerqueis
al regente, al cual, se dice,
que no todos pueden ver.

BELT. (Contoneándose.)
Y asi es la verdad: no es hombre
que dá audiencia á un dos por tres.

FERN. Pues por eso yo quisiera
que obtuvierais una de él
para mí.

BELT. Dadlo por hecho.

FERN. ¡Cuánto os lo agradeceré!

ESTR. ¿Pero cuál es vuestro intento?
FERN. Ir á la guerra.
ESTR. ¿Y á qué?
FERN. Á buscar fin á mis penas...
ESTR. (Con dolor.)
¡Á que os maten!...
BELT. Eso es;
lo que busca es pasaporte
para otro mundo, y á fé
que allí no se necesita;
todos se marchan sin él.
ESTR. ¡Oh! yo no quiero que os maten...
FERN. Ese el único azar es
que ha de correr el que ama...
BELT. (¡Ya salió aquello!)
ESTR. (Con curiosidad.) ¿Y de quién
os habeis enamorado?
BELT. Sí, sí, vamos, responded.
FERN. Vais á burlaros de mí,
porque lo ignoro.
BELT. ¡Pardiez!
pues me gusta la salida;
lo sabré yo...
FERN. Creo que es
de un ángel, un hada, un duende...
BELT. ¡Jesús, María y José!
¿Pero de un duende con faldas?
ESTR. ¡Cómo, Fernando!...
FERN. Atended.

MUSICA

TERCETO.

FERN. Bajo la hermosa bóveda
que forma la enramada
yo caminaba extático
buscando el porvenir;
cuando de pronto hiéreme
con voz acongojada
un ¡ay! el mas tristísimo

que nunca pude oir.

ESTR. ¡Dios santo! ¿qué seria?
La historia proseguid.

BELT. (Si dá en contar despacio
no espero yo hasta el fin.)

FERN. Preséntase de súbito
sobre un corcel brioso
un ángel, una sílfide
cercana á sucumbir.
Hácia el corcel magnífico
me acerco presuroso,
y asi sus fieros ímpetus
procuro reprimir.

ESTR. Yo toda me estremezco;
sepamos qué hubo allí...

BELT. (La historia en partituras
se empeña en referir.)

FERN. Entre mis brazos trémulos
contemplo el rostro hermoso
de aquella niña incógnita
que desmayada vi.
Y vuelta ya del éxtasis
dá un salto presurosa,
y en su corcel indómito
huyendo vá de mí.

ESTR. Chistosa es la aventura:
¿y qué sucedió al fin?

BELT. (Á Estrella.)
Mujer, ¿pero hasta cuándo
nos vá á tener así?

FERN. Aquella hermosura
cuando partió,
convulsa y airada
asi me habló:
«De aquesta aventura
nada dirás;
y si algo revelas
perdido serás.»

ESTR. ¿Perdido?

BELT. ¿Perdido?

FERN. Perdido, sí á fé.

ESTR. ¡Perdido!

BELT. ¡Perdido!
FER. Perdido seré.
Jóven desconocida,
¿dónde encontrar tu huella?
Beltran, amiga Estrella,
¿por dónde la hallaré?
Yo su cruel enojo
tranquilo arrostraré.
ESTR. El lance fué chistoso,
y poco importa ó nada
que amenazase airada
la jóven al galan.
Tal vez de amor el fuego
su pecho sentirá.
BELT. Despacio meditemos...
La bella... el bosque... un grito...
aquel corcel maldito...
esto lo entiendo bien;
mas la amenaza... y luego....
aquí ya me atasqué.
FERN. Una prenda adorada
conservo de ella aquí;
este precioso ramo
que me hace tan feliz.
Bien haya aquel instante
que amante le cogí,
del sitio donde ingrata
veloz huyó de mí.
ESTR. (Á Beltran.)
Él colma su ventura,
preciso es indagar..
BELT. (Á Estrella.)
¡Silencio, criatura!
modera tu charlar.
FERN. Solo mi pecho anhela
besar aquestas flores,
que mustias, sin colores,
por nada cedo yo.
¡Oh Dios! ¿cuál será el dia
que vea á su adorada,
aquel que en la enramada
la vida la salvó?

DECLAMADO.

BELT. (Se dirige á la galeria.)
Siento pasos. El Regente
don Fadrique, viene.
FERN. ¡Él es!
(¡Mi enemigo, mi adversario!)
ESTR. (Á Fernando.)
Me alegro, aprovecharé
la ocasion que se presenta;
dejadnos solos con él...
le hablaré de vos...
FERN. ¡Oh! gracias.
ESTR. Idos.
FERN. ¡No me alejaré! (Váse.)

ESCENA V.

BELTRAN, ESTRELLA, y el REGENTE. Este, al principio, solo habrá visto á Estrella delante de la puerta hasta donde acompañó á Fernando. Viendo despues á Beltran se dirige á él con aire afable.

REG. ¡Hola! mi ilustre platero,
sed bien venido.
BELT. (Saludando.) Señor...
(¡Qué amable es siempre conmigo!)
REG. (Á Estrella con frialdad.)
Tambien vuestra esposa...
BELT. (¡Oh!
no es tan amable con ella
y lo siento por quien soy.)
REG. Venid, señora, acercaos.
BELT. (Ap. á Estrella.)
No tengas miedo.
REG. ¿Sois vos,
Estrella, la que pretende
mejorar de condicion...
ser camarista en palacio
y dejar el mostrador?
Hablad, responded...

BELT. (Con timidez.) No es ella,
no es ella, señor, soy yo
quien desea...
REG. (Con bondad.) Bien, Beltran,
dejadnos ahora á los dos...
vuestros quehaceres os llaman;
son muy importantes...
BELT. ¡Oh!
su gravedad á mis ojos
no es nada junto al honor
que disfruto á vuestro lado,
dispuesto á serviros...
REG. No;
el servicio de la reina
es antes que todo, y vos
para acabar la corona
de oro que se os encargó,
no podeis perder el tiempo...
BELT. Ya está acabada, señor,
nada le falta.
REG. ¡Acabada,
y aun no la he visto yo!
Id al instante por ella,
dejadla en mi habitacion.
¡Concluida y no la he visto!
¿No os marchais?
BELT. Pero, señor...
REG. ¡Idos, yo lo mando!
BELT. (Á Estrella.) Vamos,
vamos.
REG. Vuestra esposa, no;
necesito interrogarla.
BELT. ¡Ah! quereis... bien, bien, señor,
nada mas justo... yo acato...
yo respeto... ya me voy...
(Se vá y vuelve hasta ponerse al lado del Regente.)
REG. ¡Otra! (Al verle.)
BELT. (Á media voz.) Ruego á vuestra alteza
que no use mucho rigor
con ella... porque se asusta
por nada... que á compasion
os mueva... ¡la pobrecita

es tan tímida!... ¡Ah, señor!
me lo prometeis, ¿no es cierto?
sí, sí, estoy seguro... ¡oh,
qué gusto!... No lo dudeis;
me vais á hacer un favor
muy grande... No estareis sério
con ella... ¿verdad que no?
La tratareis blandamente...
¡Ah, gracias, gracias, señor!
(Hace señas á su mujer para que se acerque al Regente.)
Sin miedo... no seas tonta...
acércate...
(Al observar un gesto de impaciencia del Regente.)
Ya me voy. (Váse.)

ESCENA VI.

El REGENTE y ESTRELLA.

REG. Dichoso yo porque os veo,
señora, menos esquiva;
dichoso, porque cautiva,
logra el alma su deseo.
ESTR. Don Fadrique...
REG. Perdonad
si comienzo la entrevista
por llamaros egoista.
ESTR. (Sonriendo.)
Gracias por tanta bondad.
REG. Si es cierto que pretendeis
una gracia demandarme,
¿por qué ni una quereis darme
de tantas como teneis?
ESTR. Es mi marido, señor,
quien ese favor implora,
y si le haceis sin demora
tan señalado favor,
yo, don Fadrique, os prometo
al punto recompensaros...
REG. ¡Ah! ¿cómo?...
ESTR. Con profesaros
(Movimiento de alegria en el Regente.)

el mas sincero... respeto.
REG. ¿Respeto no mas? ¡qué poco!
ESTR. Gratitud...
REG. ¡Mas todavia
es lo que mi pecho ansía!
ESTR. Amistad...
REG. ¡No, no, tampoco!
ESTR. Entonces, ¿qué ambicionais?
explicaos, porque yo
soy tan torpe, que si no...
REG. ¡Cómo! ¿no lo adivinais?
(Con entusiasmo.)
En pago de ese favor
no es respeto, ni amistad
lo que quiere mi ansiedad,
Estrella, sino *tu amor*.
Lo que busco, lo que anhelo
y sueña mi fantasia;
lo que será mi alegria,
mi delicia, mi consuelo,
es *tu amor*, paloma bella;
por él tan solo suspiro,
y si en mis sueños deliro
tan solo es por él, Estrella.
Y es tanto lo que te adoro,
niña hermosa, en conclusion,
que si premias mi pasion,
cuantas joyas atesoro,
cuanto poseo en Castilla
y en Portugal, ¡no te asombres!...
ESTR. (Interrumpiéndole.)
Esa es de todos los hombres
la sempiterna cartilla.
—«Tú eres mi ángel seductor;»
(Remedando la voz varonil.)
«tú sola mi dicha labras...»
REG. ¡Y si no hay otras palabras
para expresar el amor!...
¿Tengo yo acaso la culpa
de que tú seas hermosa?
ESTR. (¡Qué charla tan enojosa!)
No cabe, señor, disculpa:

Yo á todos por un rasero
mido en materias de amor.

REG. Yo te juro por mi honor
que mi amor es verdadero.
¡Acaso pruebas querrás
de ese amor que me desvela?

ESTR. (Con un poco de cautela
á mis ruegos cederás.)

REG. ¿No respondes?

ESTR. (Con fingida timidez.) Todavia
no me atrevo...

REG. ¿Por qué? dí.
¿Tienes miedo?

ESTR. Mucho, sí.

REG. ¿De quién?

ESTR. De vos.

REG. ¡Hija mia!
Desecha todo temor,
porque fuera desatino...
¿Solicitas un destino?
Vamos, habla.

ESTR. Si, señor.

REG. La plaza de camarista,
¿eh?

ESTR. No, señor.

REG. ¡Pésia tál!

ESTR. Quisiera... la de oficial...

REG. ¡La de oficial! ¡Dios me asista!

ESTR. Que nombrarais capitan
quisiera...

REG. Vamos, ¿á quién?
¡Ya caigo! ¿á tu esposo? (¡Bien!)

ESTR. No, señor, no es á Beltran.

REG. ¿Entonces?...

ESTR. (¡Fuera temor!)
Á un jóven muy desgraciado,
que se vé desamparado...

REG. ¿Y á quien amais?

ESTR. (Con viveza.) No, señor.

REG. Si; con esa negativa (Con enojo.)
que por respuesta me dais
mas aun me confirmais,

señora, en la afirmativa.
Si prendeis con alfileres
de vuestro esposo el honor,
¡qué ha de suceder!

ESTR. ¡Señor!...

REG. (¡Y hay quien fie en las mujeres!...)

ESCENA VII.

El REGENTE, ESTRELLA y FERNANDO.

REG. ¡Eh! ¿quién viene?

FERN. Quien espera,
señor, atento y sumiso,
que á sus ruegos accedais.

REG. ¿Será vuestro protegido? (Á Estrella.)

ESTR. Si, señor.

REG. (Con despecho.) Ya lo sé todo
y lo deploro infinito;
pero no obstante, lo que
para vos se me ha pedido
es imposible.

FERN. (¡Se niega!)

ESTR. ¡Señor!...

REG. Á un desconocido,
sin nombre, sin... ¡imposible!

ESTR. ¡Oh! no es verdad; os lo fio.

FERN. ¡Pobre!... ¡pobre!... sí, lo soy.

ESTR. Pero es de nobles nacido...
y su padre...

FERN. Se llamaba
José de Aguilar...

ESTR. (¡Dios mio!)

FERN. Era marqués de Ledesma.

REG. (¡Aguilar! ¡ese apellido!...
¡Aguilar!...)

ESTR. En algun tiempo
poseyó bienes, fué rico,
pero despues acosado
por un celoso enemigo...

REG. ¿Quién os ha contado eso? (Con rabia.)

FERN. Yo, señor, yo solo he sido.

REG. ¡Acusarme!...
ESTR. (¡Oh! ¡era él!
¡Qué hice, gran Dios! ¡Le he perdido!)
FERN. Dije, señor, que mi padre,
sin haberlo merecido,
perdió el favor de su rey...
fué á morir en un castillo
de Francia; allí me educó...
y yo, su adorado hijo,
vengo á buscar la fortuna
donde él la perdió!... Enemigo
fuisteis de mi padre vos,
por eso á vos me dirijo.
REG. Y si yo os patrocinase
creerian... (¡desatino!)
que queria reparar
agravios que no he inferido...
Yo fuí extraño á su desgracia...
y si esperabais mi auxilio
no debisteis acusarme:
asi, no conteis conmigo.
(Volviéndose hácia Estrella.)
Por lo que hace á vos, señora...
ESTR. Yo nada por ahora os pido:
aguardaré otra ocasion,
porque hoy, señor, está visto
que os negais á conceder...
REG. (Á media voz.)
Para vos, es muy distinto,
y si algo quereis... ¡Mas tarde!...
(Viendo que se acerca la córte.)
La córte viene.
FERN. (¡Dios mio!)

ESCENA VIII.

DICHOS, CABALLEROS y pajes ó escuderos; aquellos entran apresuradamente; estos se detienen en la galeria enarbolando sus pendones.

MUSICA.

CORO. Si llega el contrario,—si rápido avanza,
que llegue en buen hora,—ya tarda en venir,
sedientos los pechos—de noble venganza,
y armados los brazos—con fúlgida lanza,
sabremos pujantes—vencer ó morir.

UNOS. Un grito de guerra
retumba en la tierra.

OTROS. ¡Sangrienta quizá
la lucha será!

ESTR. (¡Qué bonitos trajes!
¡qué graciosos pajes!)

REG. (Ap. á Estrella.)
(Aqui esta noche
os aguardaré.)

ESTR. (Id. al Regente.)
(No hagais tal cosa,
que no vendré.)

FERN. (¿Dónde, ¡cielo santo!
ya que sufro tanto,
de mi padre un amigo hallaré?
¡perdí la esperanza! ¡no le encontraré!)

REG. ¿El trono, señores, no habrá quien defienda?
(Á los Caballeros.)

CABS. Del trono entusiastas seremos do quier;
por él nuestra sangre, por él nuestra hacien-
por él nuestras vidas queremos perder. [da,

REG. La reina á la capilla
muy luego vá á venir:
de vuestros labios oiga
de amor pruebas sin fin.

(Váse para salir al encuentro de la Reina. Salen damas de la córte con jóvenes vestidas de blanco, que traen canastillos de flores.)

CORO.

Niña cuya hermosura
dá envidia al sol;
reina que ostentas pura
dulce arrebol;
ángel cuya belleza
no tiene igual,
ven, y de tu nobleza
franca y leal,
oye de amor sincero
cántigas mil;
ven, del alba lucero,
rosa de abril.

ESCENA IX.

Durante la segunda parte del coro, entra, por la puerta que conduce á las habitaciones de la Reina, una comitiva á cuya cabeza marchan alabarderos seguidos de empleados de palacio que traen banderas y van á colocarlas en la galeria exterior, junto á los pendones de los caballeros.—En seguida aparecen los altos dignatarios de la córte y ministros de justicia.—Todos se colocarán de modo que dejen pasar á la Reina, á cuya izquierda vá el Regente.—Fernando permanece confundido entre la multitud.—Estrella, para ver á la Reina, se adelanta hasta ponerse detrás de las damas.

La REINA, el REGENTE, FERNANDO, ESTRELLA, altos dignatarios, ministros de justicia, alabarderos, damas y caballeros, servidumbre de palacio, etc., etc.

REINA. Mi corazon henchido
de júbilo sin par,
recibe el homenaje
que aqui le tributais.
Seguid, seguid al viento
lanzando vuestra voz:
mi pecho nada ansía
teniendo vuestro amor.

FERN. (Herido por la voz de la Reina, procura abrirse pa-

so por detrás de las damas sin ser visto; se acerca á Estrella, vé á la Reina y exclama:)

(¡Cielos! ¿qué miro! ¡es ella!
quizás soñando estoy!)

UNOS. Para la guerra que se prepara
os ofrecemos nuestras espadas,

OTROS. Cuantos tesoros hoy poseemos
para la guerra los ofrecemos.

(Los pajes se adelantan, doblan la rodilla ante la Reina y abren ricos cofres que contienen los tesoros de sus señores.)

FERN. (Á quien Estrella procura en vano detener, se dirige hácia la Reina, que, al verle, reprime su emocion.)

Aunque pobre y desvalido,
noble es por vos mi interés,
y humilde siervo rendido
vengo á besar vuestros pies.
Cuando á todos he escuchado
palabras de tierno amor,
yo tambien me he proclamado
vuestro ardiente defensor.
Cada cual os dá una prenda
de homenaje emblema fiel...
pobre yo... solo esta ofrenda...

(Enseña el ramo que ha sacado del pecho. La Reina, agitada, conmovida, consigue dominar su turbacion y exclama:)

REINA. (¡Qué miro! ¡Gran Dios! ¡es él!)
¿Quién es ese hombre?

(Con tono glacial.)

Aléjese de mí.

(Fernando, estupefacto, deja caer el ramo.)

CORO. ¡Aparta, miserable!
¡aléjate de aqui!

REG. ¡Audaz! ¡desventurado!
¡salid!

UNOS. ¡Salid!

OTROS. ¡Salid!

FERN. («¿Quién es ese hombre?
aléjese de mí.»
¡Asi dijo la Reina:

no hay duda! ¡yo lo oí!
(Cogiendo el ramo.)
Vuelve, lindo ramo,
á posar aqui:
ya á nadie en el mundo
tengo mas que á tí.
¡Qué es lo que me pasa!
¡ay! ¡triste de mí!)

(El Regente se aproxima á la Reina y la invita á que continúe dirigiéndose á la capilla. La comitiva se aleja lentamente. La córte permanece silenciosa y conmovida. La Reina pasa con frialdad junto á Fernando y llega á la galeria exterior.)

FERN. (Permanece completamente aislado, y teniendo las flores en la mano, dice con el acento del mas profundo dolor.)
¡Adios, esperanza!
¡adios, porvenir!
gloria, amor, fortuna,
todo lo perdí!
¡Algo sí me resta;
réstame morir!

CORO. ¡Ay desventurado,
que será de tí!

(Fernando vacila y cae desmayado. Estrella vuelve á su lado y le sostiene. La Reina, en el extremo de la galeria, próxima á desaparecer, vuelve la cabeza y dirige á aquel la última mirada. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Varios jardines. Á la izquierda un pabellon contiguo á una fachada lateral del palacio: en dicho pabellon y enfrente del público, una ventana cerrada por medio de una persiana de madera dorada. Se baja del pabellon al jardin por unas gradas ó peldaños. Dos mesas, donde beben sentados, á un lado los Caballeros y al otro los Soldados.

ESCENA PRIMERA.

CABALLEROS y SOLDADOS, despues FERNANDO.

MUSICA.

Coro. Soldado valiente, guerrero esforzado
que ansioso de noble laurel has jurado
luchar en la guerra,
vencer ó morir;
prepara tus armas y acude ligero
que ver anhelamos tu yelmo de acero,
temido en la tierra
al sol relucir.

Fern. (Que acaba de entrar muy pensativo y meditabundo.)
Nos llama la victoria,
volemos al combate;
allí alcanza la gloria
quien mas fiero se bate.
Amenazado el trono

de ser pedazos hecho,
reclama nuestro afan.
La saña y el encono
que abrasan nuestro pecho
muy presto cesarán.
¿Os dignareis, señores,
mis armas aceptar?

CORO. ¡Pues no! con mil amores,
Fernando de Aguilar.

FERN. ¡Por ello, señores,
os doy gracias mil.
(¡Oh! ya de los hombres
seré el mas feliz
si logro en la guerra
por *ella* morir.)
Mas basta ya de Marte
y el dia consagremos
al licor.

CORO. ¡Si, por Dios!

FERN. ¡Y á Venus, que es la diosa
del amor!

CORO. ¡Si, por Dios!

FERN. ¡Las penas hoy ahoguemos
en la copa del placer!

CORO. Dice bien.

FERN. El dia dediquemos
al licor.

CORO. ¡Al licor!

FERN. ¡Al amor!

CORO. ¡Al amor!

FERN. ¡Al placer!

CORO. ¡Al placer!

FERN. ¡A beber!

CORO. ¡¡A beber!!
Bebamos, bebamos,
que el vino convida
y al alma dá vida
y al cuerpo valor.
Sin treguas, amigos,
bebamos, cantemos,
y á un tiempo brindemos
por Baco y amor.

ESCENA II.

DICHOS y el REGENTE, saliendo del pabellon.

REG. ¡Mas bajo, señores!
¡Señores, mas bajo!
Cese ya el estrépito,
basta ya de cánticos.
TODOS. ¿Cómo?
REG. En su oratorio
la Reina ahora ha entrado
CORO. } Pues no la turbemos.
FERN. } (¡Está allí, Dios mio!)
CORO. Señor, ya nos vamos.
UNOS. Con cautela y con prudencia
alejémonos.
OTROS. Con silencio y con reserva
retirémonos.
TODOS. Que no se oiga ni una mosca,
ni el aliento al respirar!
¡Chist! ¡Silencio!! ¡piano!!! ¡piano!!!!
¡mas piano!!!!! ¡mas!!!!!! ¡mas!!!!!! ¡mas!!!!!!

(Vánse de puntillas, y se llevan á Fernando que, de nuevo sumergido en su melancolia, habia permanecido con la vista fija en el pabellon.)

ESCENA III.

El REGENTE solo.

DECLAMADO.

Por fin me ha dejado solo.
Esperemos á la Reina:
muy pronto su mayoria
vá á llegar, y la regencia
he de abdicar al momento.
Ahora lo que me interesa
es perder tan solo el título
de Regente; en la apariencia

en el derecho, no serlo
y serlo en el hecho; esa,
esa es de mis deseos
y de mis fines la meta.
¿Cómo lograr lo que ansío?
¿Cómo? casando á la Reina
con el príncipe... ¡pardiez!
que es magnífica la idea;
asi conservar podré
el mando, y despues Estrella...

ESCENA IV.

El REGENTE y ESTRELLA.

ESTR. No sé, no acierto á explicarme
(Sin ver al Regente.)
el motivo de su ausencia:
¿dónde está? ¿qué ha sido de él?
¡Pobre Fernando!

REG. (Si Estrella...)

ESTR. Mi esposo por órden mia
ha ido á buscarle y no llega:
veamos si yo en palacio
puedo... Pero aqui su alteza!...
Señor... (Viendo al Regente.)

REG. ¿Eres tú, hija mia?...
¡Cuánto mi alma se deleita
en contemplar esos ojos
cuya luz los mios ciega!
Lo que dije esta mañana
ahora lo repito, Estrella:
¿tienes algo que pedirme
y en que complacerte pueda?

ESTR. Tal vez... pero no me atrevo.

REG. ¿Qué dices, niña hechicera?
¿no te atreves? ¿y por qué?
(Con ardor.)
Escucha, pues: mis riquezas,
mis honores, mi poder,
todo, niña, y cuanto quieras
será tuyo si lo pides.

Respóndeme.

ESTR. En hora buena...
y ¿qué seria preciso
para que me concedierais
lo que pretendiese?

REG. ¡Amarme!...

ESTR. Mucho me pide su alteza.

REG. Un poquito nada mas.

ESTR. (Con coqueteria para conseguir lo que desea.)
Bien; pero aunque poco sea...
como que eso no depende
de la voluntad... es fuerza
que dejeis obrar al tiempo...

REG. Pues bien, los labios despliega:
para tí... para tu esposo...
para el marqués de Ledesma...
para todo el mundo pide
lo que gustes... una prenda...
un anillo, una sortija,
cualquier cosa... Toma esta.
(Dándole una sortija.)
y do quiera la presentes
tu voluntad satisfecha
verás al punto.

ESTR. ¡Me place!

REG. ¿Y bien?

ESTR. Si por esa senda
continuais largo tiempo...
¿Lo ois? ¡mucho tiempo!...

REG. ¡Estrella!

ESTR. Tal vez...

REG. ¡Oh! será posible...

ESTR. (Oyendo hablar en el jardin.)
¡Callad!... mi esposo se acerca...

REG. Muy poco dura la dicha...

ESTR. Mas la esperanza alimenta.

REG. Con ella me voy tranquilo.
(Á media voz y con aire afable.)
Adios, pues, del cielo estrella... (Váse.)

ESCENA V.

ESTRELLA, FERNANDO y BELTRAN.

BELT. (Trayendo á Fernando de la mano.)
¡Me gusta! ¡cómo se entiende!...
¡Con que queriais dejarnos!
¡Con que sin decirnos nada
nos plantabais!... Por Santiago,
que no será mientras viva
el platero de palacio!
ESTR. ¿Qué sucede?
BELT. ¡Friolera!
que nuestro amigo Fernando
queria pillar soleta
sin decirnos... ¡Voto al chápiro!
ESTR. ¡Cómo se entiende!
BELT. Eso mismo
le he dicho yo incomodado:
mi mujer se enfadará,
y ya veis... (Á Fernando.)
ESTR. ¡Abandonarnos!
FERN. No á vos, Estrella, ni á vos;
(Señalando á Beltran.)
á la córte...
BELT. (Despues de meditar.) ¡Cómo diablos!
si de la córte os marchais
y los dos en ella estamos,
sanas vuestras intenciones
serán, pero para el caso
los efectos son iguales,
pues que sin vos nos quedamos.
(¡Qué talento he descubierto!...
no hay como estar en palacio!...)
¿Y no podremos saber
por qué os vais?...
FERN. ¡Es necesario!
BELT. Pero una razon al menos...
FERN. Porque es mi gusto...
BELT. ¡Canario!
la razon es convincente!

FERN. Porque en la córte me canso,
estoy triste, me fastidio...
y si me quedase... al cabo
moriria de despecho...
de rabia y...

BELT. ¡Vamos! ¡ya caigo!
alguna mala pasada,
sin duda os habrán jugado!...
(Dándole un golpecito en el hombro.)
En el mundo, amigo mio,
se lleva uno tantos chascos!...
que no debe sorprenderos...

ESTR. Bien; pero de esos agravios
obtendreis reparacion!...

FERN. ¡Que la obtendré!...

BELT. ¡Pues es claro,
si contais con protectores!

FERN. ¡Protectores!... es el caso
que he hecho á la Reina un servicio
muy grande, inmenso...

BELT. ¡Dios santo!
¿Será posible, querido?

FERN. Si, la vida la he salvado...

BELT. (Con júbilo.)
¡De veras! ¡amigo mio!
¡ya teneis en vuestras manos
la suerte! ¡ya sois ministro!
¡vaya! ¡vaya! ¡el buen Fernando!
Y yo que le he dado entrada
en mi casa, y le he amparado...
¡Ahora sí que sois dichoso!
vais á tener un palacio...
grandezas... poder...
(Le estrecha la mano.)

FERN. (Con amargura.) ¡Poder!
hasta ahora no lo he notado.

BELT. Porque habeis vivido oculto...
pero no tengais cuidado...
¿Sirven de algo los amigos
ó no sirven?... ¡vamos claros!
La fortuna y la desgracia
se han de compartir, Fernando...

yo soy asi... mi mujer
tambien... ¿verdad? ¡Pues es claro!
(Le estrecha de nuevo la mano afectuosamente.)

FERN. Si la particion se hace,
¡ay! ya podeis prepararos
á recoger las espinas...
Hoy la Reina de su lado,
asi que me vió, dispuso
que me alejara.

BELT. (Soltando la mano de Fernando.)
Sepamos...

ESTR. No os habrá reconocido...

FERN. No reconocerme... cuando
mis miradas en las suyas
largo tiempo se fijaron...
y cuando contra mi seno
la estreché...

BELT. (Dando un grito.) ¡Ah!

FERN. ¿Qué os ha dado?

BELT. Un vértigo... un accidente...
Un escalofrio... un pasmo ..
(Balbuceando.)
un... no sé qué... con que... vos...
¿con que vos... habeis tocado
á la Reina?...

FERN. Ya os lo dije
esta mañana; el caballo
la hubiese muerto...

ESTR. (Á Beltran.) ¡Era *ella!*

FERN. Si no la hubiese llevado
en mis brazos...

BELT. ¡Cómo! ¡Cómo!...
¡en vuestros!... ¡qué horror, ¡Dios santo!
(Paseándose precipitadamente.)

FERN. ¿Qué decis? (Admirado.)

BELT. (¡Vírgen del Cármen!
y yo á este hombre le he dado
entrada en mi casa... ¡Cáspita!
y le habrán visto del brazo
con mi mujer... eso al menos
no es tan grave, pero al cabo ..)

FERN. Explicadme...

BELT. (Con voz misteriosa.) Con que vos
á la Reina habeis tocado!
FERN. ¿Y bien?
BELT. Y bien, ¿no temblasteis?
FERN. ¡Que si temblé! ¡pues es claro,
de placer y de ventura!...
BELT. En agujas se han trocado
mis cabellos, y mi rostro
debe estar azul y blanco,
y amarillo y verde y negro...
Por fuerza me vá á dar algo...
FERN. Y luego que en sí volvió
y sentí bajo mi mano
palpitar su corazon...
BELT. (Asustado.) ¡Basta! ¡basta! Por San Pablo!
(¡La cabeza de este hombre
de fijo acaba en el palo!)
FERN. Amigo...
BELT. ¿Qué me quereis?
¿de quién me hablais? Pues qué, ¿acaso
os conozco yo?... ¡mentira!
en mi vida os he tratado;
yo ignoro cómo os llamais...
¿sé quién sois? ¡tambien es falso!
Mi tienda siempre está abierta,
allí van los parroquianos,
tambien los que no lo son...
se les trata con agrado...
eligen lo que les gusta
más de todo, dan en cambio
su valor y se retiran...
FERN. (Este hombre se ha puesto malo.)
BELT. Yo no he sido vuestro cómplice...
Para mí sois un estraño...
tambien para mi mujer...
con que ya podeis dejarnos
en paz... ¿Lo habeis entendido?
¡Pues me alegro!... Estrella, vamos.
(Dá algunos pasos para salir.)
FERN. ¡Beltran! (Siguiéndole.)
ESTR. ¡Beltran! (Id.)
BELT. (En la mayor turbacion.)

¿Qué se ofrece?
¿Para qué me habeis llamado?...
no me detengais... dejadme...
¿habráse visto?... si acaso...
porque él... seria preciso...
yo no sé... ¡pero qué diablos!... (Váse.)

ESCENA VI.

FERNANDO y ESTRELLA.

FERN. Yo no puedo comprender
este repentino cambio:
¡si estará loco!

ESTR. (Vuelve, se acerca á Fernando y le dice á media voz.)
¡Imprudente!

FERN. ¿Tú tambien?

ESTR. ¡Desventurado!

FERN. Pero, señor, ¿qué sucede?

ESTR. Lo que acabais de contarnos
á nadie habeis de decir...
no es poco que ya enterado
esté Beltran...

FERN. ¿Y por qué?
¡No comprendo yo ese arcano!...

ESTR. Porque os vá en ello la vida...

FERN. ¡Cómo! Por haber salvado
á la Reina?
(La rejilla del oratorio se baja y aparece la Reina, que retrocede vivamente al ver á Fernando.)

ESTR. Nada de eso,
sino porque en vuestros brazos
la cogisteis...

FERN. Bien: ¿y qué?

ESTR. ¡Ese es el mal!

FERN. ¡No! El encanto,
la única felicidad
que pnedo gozar... ¡Ah, cuando
estaba allí desmayada...
y yo ante sus pies postrado,
estrechaba dulcemente

sus lindas y blancas manos!...
¡Oh, si supierais, Estrella,
(jamás llegaré á olvidarlo)
qué placer disfruté entonces,
y de qué fuego abrasado
se sintió mi corazon!...

REINA. (¡Ah, qué escucho!)

ESTR. (No lo extraño.)
¡Ya se vé! Lejos de aquí,
allá en Francia os educaron...
y no sabeis que el tocar
á la Reina está vedado,
que es un crímen espantoso...
horrible, que en el cadalso
se castiga...

FERN. ¡Desatino!

ESTR. ¡Como lo ois!

FERN. ¡Qué diablos!
Entonces la gratitud...

ESTR. Asi se premia, Fernando;
¿pero qué quereis? Ahora
podeis andar con cuidado.

FERN. ¿Yo? no tal, y plegue al cielo
que para hacer otro tanto
se me presente ocasion.
Verdad es que me ha alejado
de su presencia no ha mucho
como si la fuese extraño...
pero por naturaleza
todos aqui son ingratos.
Tienes razon:

REINA. (¡Oh, Dios mio!
¡Por qué me haceis sufrir tanto!)
(En su agitacion dá Fernando algunos pasos delante de la ventana del pabellon. La Reina se retira con presteza para no ser apercibida, pero aquel, sin verla, vuelve al lado de Estrella.)

FERN. Dices bien: de su monarca
fué mi padre leal esclavo
y le desterró del reino!
yo, que á la Reina he salvado,
pago igual he recibido...

(Grabadas aquí quedaron
(Señalando al corazon.)
sus palabras...) «¿Quién es ese
hombre?» dijo.

ESTR. (¡Desgraciado!)

FERN. «¡Aléjese de mí!»

(Se dirige al foro. La Reina se lanza hácia la puerta del pabellon, donde se detiene. Fernando es conducido por Estrella. La Reina vuelve poco á poco á la ventana.)

REINA. (¡Cielos!)

ESTR. ¡Tranquilizaos, don Fernando!

FERN. ¡No nace mi saña, no,
de que busque en ella amparo!...
si el favor echo de menos
en que un momento he soñado
es por tí, Estrella, por tí.
¡Pardiez! si hubiera hecho caso
la Reina de mi persona...

ESTR. ¿Qué?

FERN. Me habria interesado
por tí; la hubiera pedido
el empleo que en palacio
desempeñar pretendías
y que el Regente, hace un rato,
queria que le comprases.
(La Reina hace un movimiento de atencion.)

ESTR. ¡Cómo! ¿de veras, Fernando?
¡Es posible! ¿deseabais
protegerme?

FERN. Pues es claro.

ESTR. Muchas gracias. Ahora bien;
¿qué diriais si al contrario...
fuese yo quien procurase
favoreceros?

FERN. ¿Tú?

ESTR. Vamos...
¿qué deseais conseguir?
¿qué ambicionais?...

FERN. ¡Cielo santo!
¡Y eso me preguntas tú!
Hallarme siempre á su lado...

contemplarla á cada instante,
ver asomar á sus labios
la tierna y dulce sonrisa
que hace mi dicha y mi encanto,
idolatrarla en secreto,
ser de su belleza esclavo ..

ESTR. ¡Eso es ya mucho pedir,
y yo no puedo hacer tanto!

REINA. (Yo lo haré, porque le debo
la vida y porque le amo.) (Se retira.)

FERN. (Pasando con agitacion delante de Estrella.)
«¿Quién es ese hombre?» dijo,
«¡aléjese de mi lado!»
Tambien yo quiero alejarme,
puesto que asi la complazco;
iré á la guerra á morir
por ella como soldado.

ESTR. ¡Como soldado! ¿Olvidais
sin duda que sois hidalgo?

FERN. No de otro modo: pues qué,
decidme: ¿puedo yo acaso
mandar una compañia?

ESTR. Tal vez. ¿Lo dudais, Fernando?

FERN. ¿Y quién vá á hacer?...

ESTR. Yo.

FERN. (Sonriendo.) ¡Tú, Estrella!...

ESTR. Prestadme atencion.

FERN. Oigamos.

MUSICA.

DUETO.

ESTR. Poseo yo, Fernando,
un talisman
que ha de haceros al punto
capitan.

FERN. Estrella, no te creo.

ESTR. ¿Por qué no?
Á mentir no acostumbro
nunca yo.

FERN. ¿En dónde está, pues?
ESTR. ¡Miradlo: este es!
(Sacándose del dedo la sortija que le dió el Regente y entregándosela.)
Las niñas coquetas,
los hombres veletas,
amantes
constantes
se vuelven por él.
Por él al Regente
vereis que, obediente,
de vuestros deseos
será esclavo fiel.
FERN. Mil gracias, Estrella,
por joya tan bella,
pues logro con ella
de honor el laurel.
Con ella el Regente
sumiso, obediente,
de mis intenciones
será esclavo fiel.

DECLAMADO.

ESTR. Presentádselo al Regente
de mi parte.
FERN. (Admirado.) ¡Cómo!
ESTR. En cambio
su alteza al punto os dará
de una compañia el mando.
FERN. ¡Bah, bah, te burlas de mí!
ESTR. ¡Sois algo desconfiado!...
pero bien pronto á fé mia
vais á ver que no os engaño,
porque aqui viene...
(Vá á salir, vuelve y al notar la admiracion de Fernando, dice:)
¿Temblais?
¡Valor, capitan Fernando!
(Le saluda y váse.)

ESCENA VII.

FERNANDO y despues el REGENTE.

FERN. (Ap. y mirando la sortija que tiene en la mano.)
Al ver lo que por mí pasa
creo perder la cabeza...
Pero, al fin, ¿qué arriesgo en todo?
Nada en resumidas cuentas:
¿ser desterrado de aqui?
Ya lo estoy.
(Se aproxima al Regente, que acaba de entrar con papeles en la mano.)
REG ¿Qué voz es esa?
(Levantando la cabeza.)
(¡Hola! La de don Fernando...
el protegido de Estrella.)
¡Vos aqui, señor Marqués!
Yo creia que la Reina
os habia desterrado....
FERN. Y dispuesto á complacerla
venia con un mensaje,
señor... de parte de Estrella.
REG. (Con viveza.)
¡De su parte y para mí!
Hablad...
FERN. (Inclinándose.) Para vuestra alteza
esta sortija me dió...
REG. (Alargando la mano.) ¿Si?
FERN. (Retirando la suya.)
Por unas charreteras...
REG. ¿Para vos?
(Fernando se inclina sin responder.)
(¡Esto es horrible!...
Pobre Beltran, nos la pegan.
Pero no: doble motivo
para que con mas presteza
destierre á su favorito.)
(Á Fernando.)
¡Corriente!
FERN. (Estupefacto.) ¿Qué decis?

REG. Sea.

FERN. ¿Estoy soñando, Dios mio?
(Con tono de agradecimiento.)
¡Señor!...

REG. (Le arranca la sortija.)
Dentro de hora y media
partireis sin la menor
dilacion á las fronteras
de Extremadura, y allí...

FERN. ¡Mi gratitud será eterna!

REG. Con el marqués de Escalona,
que está mandando una fuerza
de dos mil quinientos hombres,
marchareis donde convenga.

FERN. ¡Oh!

REG. Ni una palabra mas.
Tal es la órden de la Reina
y la mia... ¿Lo entendeis?
Pues bien, dentro de hora y media
ó lejos de aqui ó si no...

FERN. Ya voy; mi dicha es extrema,
porque tiempo me dejais
para dar gracias á Estrella.
(Váse corriendo.)

ESCENA VIII.

El REGENTE, solo.

REG. (Paseándose precipitadamente.)
¡De rabia y cólera estallo...
se me agota la paciencia...
pero afortunadamente
pronto de la córte fuera
se ha de ver, y mientras tanto
que en la batalla pelea,
si de en medio no le quitan,
rescatarán esta prenda,
(Señalando la sortija.)
y habrán de recompensarme
lo que he hecho por él...
(Ábrese el pabellon; salen dos pajes y permanecen al

pié de la escalera La Reina baja y dá algunos pasos por el jardin.)

¡La Reina!
Sigamos como hasta aqui,
mortificándola á fuerza
de habla'la de los negocios,
por ver si los encomienda,
aburrida, á mi cuidado,
y árbitro y dueño me deja
del reino, pues de ese modo
será eterna mi regencia.

ESCENA IX.

El REGENTE, la REINA y dos PAJES.

REINA. ¡Hola! ¿Fadrique, tú aqui?
REG. Yo, señora, que de nuevo
á incomodaros me atrevo
con los negocios...
(Cogiendo los papeles que trajo en la mano al entrar y que despues guardó en el pecho.)
REINA. ¡Ah, si!
Siempre tienes que reñirme
porque no quiero escucharte;
pero hoy deseo probarte
que trato de corregirme.
REG. (Ese es mi anhelo tambien.)
REINA. ¿Qué dices?
REG. Nada; decia
que en otro sitio seria
mejor...
REINA. Aqui estamos bien.
REG. Como gusteis. ¡Pajes, hola!
en la cámara real,
y si no recuerdo mal
encima de una consola,
hallareis una cartera...
(Á una señal del Regente, los pajes se retiran.)
REINA. ¡Cómo, ese mamotreto!
REG. ¿Ya os inquietais?

REINA. (Disimulando.) No me inquieto.
REG. Vuestra majestad se altera.
REINA. Pues bien, si estoy impaciente
¿á qué te lo he de ocultar?
es porque queria hablar
contigo...
REG. ¡Ya!
REINA. (Sin mirarle.) Ultimamente,
si la memoria me es fiel,
hiciste á Beltran platero
de cámara...
REG. Á lo que infiero
¿no estais contenta con él?
REINA. (Con gravedad.)
¡Al contrario, yo dejarle!
Es buen artista; me ha hecho
un alfiler para el pecho
muy lindo, y quiero premiarle.
(Apoyando las palabras)
Á su mujer, al efecto
le darás algun destino
en palacio.
REG. (No adivino
la causa de ese proyecto.)
(Admirado.) ¿Y quién, señora, de Estrella
habló á vuestra majestad?
REINA. Tú mismo.
REG. ¿Yo?
REINA. Si, en verdad,
haciendo elogios de ella..
(Con amabilidad.)
Y como la estimas tú
yo la aprecio tambien...
REG. Eso
me honra mucho, lo confieso...
REINA. (Con autoridad.)
¡Pues basta!
REG. (¡Por Belcebú!)
REINA. (Con algo de empacho y sin mirar al Regente.)
Á otra persona tambien
sé que hoy has dado audiencia,
á quien con benevolemcia

quieres servir y haces bien.

REG. ¡Don Fernando de Aguilar!

REINA. (Con fingida admiracion.)
¡Ah! ¿con que Aguilar se nombra?...

REG. (¡Su fingimiento me asombra;
bien sabe disimular!)

REINA. (Con nobleza.)
Los hidalgos de esa casa
supieron á mis mayores
hacer inmensos favores,
prestar servicios sin tasa.
Si por mí no se premiasen,
Fadrique, lo sentiria,
porque asi lugar daria
á que *ingrata* me llamasen.

REG. ¡Oh! lo que es por Aguilar
nada teneis que temer;
ahora le acabo de hacer
capitan, y vá á marchar
presto...

REINA. ¿Adónde?

REG Á Extremadura.
¿Se colma vuestro deseo?

REINA. Aun es poca del empleo...

REG. (Con viveza.)
¿La distancia?

REINA. (Siempre sin mirar al Regente.)
No, la altura.
Por eso sin dilacion
le nombrarás mi escudero.

REG. (Con rabia.)
(¡Oh, no sé cómo tolero
semejante indiscrecion!)

REINA. Asi, por si alguien lo ignora,
sabrán todos cuánto estimo
á mi muy amado primo
y tutor...

REG. Pues bien, señora;
entonces por esta vez
vais á ser de mi opinion
en una cosa... en la union
con el príncipe...

REINA. ¡Pardiez!...

REG. (Siguiendo á la Reina, que se ha puesto á pasear con enojo.)
Si el poder he recibido
mientras la menor edad
de vuestra real majestad,
sabeis que tan solo ha sido
para darlo á un rey, y el que antes
os propuse... no hay razon...

REINA. ¡Merece tu proteccion!

REG. ¡Por sus prendas revelantes!
¡Es tan bueno! ¿no es verdad?

REINA. ¡Mucho! (Estúpido, indolente,
con él seria regente
mi tutor...
(En este momento entran los dos pajes: uno con la cartera que pidió el Regente; otro con un sillon para la Reina, que tiene sus armas reales y que coloca junto á la mesa, acercando esta y el asiento que habia en el jardin.)

REG. (Á los pajes.) ¡Bien, despejad!

REINA. (Hace una señal á los pajes para que se detengan.)
Cuando se presta un servicio,
si se presta sin demora,
la celeridad...

REG. ¡Señora!...

REINA. Es un nuevo beneficio.
Y pues no hay que obrar despacio,
á mi platero preven
(Á uno de los pajes.)
que el Regente tiene á bien
dar un destino en palacio
á su esposa, ¿lo oyes?

REG. Pero
es que, señora...
(El paje se inclina y vá á salir.)

REINA. Ademas,
á don Fernando dirás
que desde hoy es mi escudero.
(Movimiento del Regente. La Reina indica al paje que ejecute sus órdenes; este saluda y váse.)

MUSICA.

DUO.

REINA. Á tus órdenes me tienes,
dispuesta á escucharte estoy;
¿y qué tiene que decirme
el Regente mi tutor?
Se trata de algun torneo,
de baile. . de caza...
REG. ¡Oh! no;
negocios graves de estado
reclaman nuestra atencion.
REINA. (Con disgusto.)
¿Son pesados?
REG. Importantes.
¿Empiezo?
REINA. (Suspirando con resignacion.)
¡Vaya por Dios! (Se sienta.)
REG. Os dije, reina y señora,
que el gran monarca español
nos ofrece su alianza
en la guerra.
REINA. (Ingenuamente.) ¿Por qué no?
nadie creo que se oponga
á admitir ese favor.
REG. Si no estoy equivocado
ayer el tratado os dí:
¿qué me decis del tratado?
REINA. Que apenas lo hube hojeado
sobre él dormida caí.
REG. Yo con gusto os lo leyera...
(La Reina le indica que puede sentarse; él abre la cartera y busca el tratado entre los papeles.)
¡Oh! (Con despecho.)
REINA. ¿Se enfada mi tutor?
¿Le ha picado alguna avispa?
REG. No, señora... (¡Vive Dios!)
REINA. ¿Pues qué ocurre?
REG. ¡En la cartera
me he encontrado una cancion!

REINA. ¿Será acaso mi bolero?
¡Tráelo presto: ¡á ver, á ver!...

REG. (Leyendo.)
Se titula el *Escudero.*

REINA. (Coge la cancion, la mira, y se levanta.)
¡Es el mio! ¡qué placer!
¡Es el mismo! ¡qué alegria!
gracias mil te debo dar;
pues perdido lo creia
y lo acabas de encontrar.

REG. (Siguiendo á la Reina.)
Pero aqui el tratado está.
(Leyendo un pergamino que ha cogido de la mesa.)
«Nos, como rey y señor...»

REINA. Óyeme y te gustará,
que es muy linda la cancion.
(Con la cancion en la mano.)
«Érase un escudero
»qué allá en Castilla
»á una niña hechicera
»salvó la vida.
»Y desde entonces,
»presos de amor quedaron
»sus corazones.»

REG. (Que durante esta copla ha procurado en vano seguir leyendo.)
Aqui el tratado está.

REINA. Trá, lá, lá, trá, lá, lá.

REG. (Mezclando sus palabras con el canto de la Reina.)
Para defensa
de ambos estados,
el rey sus arcas
y sus soldados
tambien nos dá.

REINA. Trá, lá, lá, lá.

REG. (Ap.) ¡Juego de niños
cree que es estó
su majestad!...
¡Pero qué mucho!
si nunca tiene
formalidad!

(La Reina vá á sentarse.)

REG. (En pié á su derecha.)
Dignaos, señora,
prestarme atencion,
oidme un instante,
dejad la cancion.

REINA. (Deja la cancion sobre la mesa.)
Ya te escucho.

REG. (Continúa con el tratado en la mano.)
Pues decia ..
que el gran monarca español...

REINA. (Cogiendo el tratado é imitando el tono grave del Regente.)
«Nos ofrece su alianza
en la guerra.» ¡Vive Dios,
que de tanto repetirlo
creo que á dormirme voy!

REG. (Viendo que la Reina tararea la cancion.)
No me habeis aun escuchado.
(Leyendo.)
«Nos, como rey y señor...»

REINA. (Que ha estado recordando la segunda copla, se levanta de pronto con el tratado en la mano, y dice:)
Óyeme, tutor amado,
que es muy linda la cancion.
«Él la amaba en secreto,
»sin esperanza,
»porque de ella un abismo
»le separaba.
»Mas la fortuna
»¡ay! de aquellas dos almas
»logró hacer una.»

REG. (Procurando poner el dedo en un pasaje del tratado, y siguiendo asi todos los movimientos de la Reina que lleva el compás.)
Para defensa
de ambos estados,
el rey sus arcas
y sus soldados
tambien nos dá.

REINA. Trá, lá, lá, lá.

REG. (Juego de niños
cree que es esto

su majestad:
en vano trato
de hacer que tenga
formalidad.)

(Concluida la cancion la Reina entrega al Regente el tratado, arrugado por ella, llevando el compás.)

DECLAMADO.

REG. ¡Ah, tambien en el tratado!...

REINA. (Interrumpiéndole.)
Déjame, que estoy cansada.
(Vá otra vez á sentarse en el sillon.)

REG. Aqui una carta cerrada
debe estar...
(Pasa al otro lado de la mesa y se pone á registrar la cartera.)

REINA. ¿La has encontrado?

REG. No hay duda, la puse aqui;
mas...
(Viendo que la Reina vá á dormirse.)
¡Señora, por favor!...

REINA. (Recostada en el sillon y cerrando los ojos.)
Sigue, sigue sin temor,
que mejor te escucho así.

REG. (Repasando incomodado todos los papeles de la cartera.)
¡No está, parece imposible!
(Á la Reina.)
¡Señora!... ¡Oh, se ha dormido!
¡Cuando yo hubiese querido
que firmara... es insufrible!
Pero no; que ya está harta,
y al fin tendrá que ceder.
Por de pronto, voy á ver
si logro hallar esa carta.
(Entra en el pabellon. La Reina medio dormida se pasa, sin abrir los ojos, el pañuelo por la frente y despues agita el abanico de plumas. Su brazo, cuyo mo-

vimiento es cada vez mas pausado, vuelve á caer, y denota que se ha quedado completamente dormida.)

ESCENA X.

La REINA, dormida, y FERNANDO.

MUSICA.

FERN. (Sin verla y con emocion.)
¡Su escudero me ha nombrado!
¡Oh, ventura singular!
¡Estaré siempre á su lado...
podré el aire respirar
de su aliento perfumado!...
(Viéndola.)
¡Pero qué miro... gran Dios... es ella!...
¡Este silencio!... ¡Oh, sola está!!!
¡Y duerme!... ¡Cielos, que el mundo venga
y el mundo entero me envidiará!
¡Dios mio, prolonga
tan grato placer!
¡Cefirillos blandos,
no la desperteis!...

Flor hermosa, cuyo cáliz
de las perlas del rocío
lleno está ..
¡Vírgen pura, ángel bello,
de la luz del sol destello,
no despiertes
por piedad!
Duerme, duerme
sin temor
el dulce sueño
del candor,
que mi amor
velando está.
¡No despiertes
si te llamo;

yo te amo!
No despiertes,
mi tesoro,
yo te adoro!
(La Reina hace un ligero movimiento.)
No despiertes
por piedad...
(La Reina deja caer el abanico. Fernando retrocede amedrentado.)
De todos mis sentidos
un vértigo apodérase...
y súbito la sangre
entre mis venas hiélase...
¡Se abrasa mi cabeza,
se pierde mi razon!...
¿Qué es esto? ¡Cielo santo,
no sé ya dónde estoy!
¡De embriagarme cesa,
benéfica ilusion!
(Cuando concluye de cantar, fuera de sí estampa repetidos besos en la mano de la Reina; lo cual han visto el Regente, que sale de palacio, y Beltran y Estrella, que llegaban por una calle de árboles del jardin.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, el REGENTE, BELTRAN, ESTRELLA y un PAJE.

REG. (Adelantándose hacia la Reina, despues de haber hecho una seña al paje que se vá.)
¡Señora!
BELT y ESTR. ¡Gran Dios!
REINA. (Abriendo los ojos.)
Decias, Fadrique,
que el rey español...
Estaba durmiendo,
perdóname.
REG. ¡Oh!
REINA. ¿Qué pasa?
REG. Un delito
de negra traicion

se ha perpetrado
aquí...

BELT. }
EST. } (¡Justo Dios!...)

(Consternados.)

ESCENA XII.

DICHOS, la CÓRTE y GUARDIAS.

REG. (Señalando á Fernando.)
¡Guardias, á ese hombre
llevadlo á prision!

CABS. ¿El noble escudero
qué ley infringió?
¿qué crímen fué el suyo?

REG. Un crímen atróz
que debe lavarse
con sangre!

CORO. ¡Qué horror!

REG. Á muerte á ese hidalgo
la ley le condena;
que sufra la pena
por su alta traicion.
No espere que el cielo
le sea propicio;
de horrible suplicio
no aguarde el perdon.

REINA. Si á muerte afrentosa
la ley le condena,
amarga es la pena
de mi corazon.
Tan solo librarse
podrá del suplicio
si el cielo propicio
le dá su perdon.

FERN. Deleite inefable
que mi alma enajena,
¿Por qué ahora me llena
de oprobio y baldon?
No espero que el cielo
me sea propicio:

de horrible suplicio
no aguardo el perdon.

ESTR. ¡Salvadle, Dios mio,
piedad os demando,
del pobre Fernando
tened compasion!

BELT. Al palo á Fernando
la ley le condena,
que pague la pena
por ser besucon.

CORO. Á muerte afrentosa
la ley le condena;
terrible es la pena!
¿Cuál fué su traicion?
Espere que el cielo
le sea propicio;
de horrible suplicio
que aguarde el perdon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala de palacio con tres puertas grandes en el fondo y cuatro laterales; algunas cubiertas con ricos tapices. Á la derecha, una ventana y una mesa de tocador con un espejo: al otro lado, una consola con un canastillo lleno de flores.

ESCENA PRIMERA.

La REINA sola.

MUSICA.

¡Cuánto tiempo lleva
mi alma de sufrir!...
¡ay, pobre Fernando,
qué será de tí!...
Mucho don Fadrique
tarda ya en venir...
Yo impaciente aguardo
su sentencia aquí...
¿Por qué, por qué Fernando
la vida me salvó,
si perdonar la suya
no puedo y reina soy?
¿Por qué abriga su pecho
frenética pasion,
si yo premiar no puedo

su tierno y casto amor?

(Se oye cantar por la parte de afuera la siguiente cancion.)

CORO EXTERIOR DE ALDEANOS.

Cantar y bailar,
comer y beber,
reir y dormir
sin penas sentir,
eso es vivir.
De la vida del campo
los placeres son mil;
solo aquí se disfruta,
solo se goza aquí.
Entre las bellas flores
del risueño pensil,
olvido lo pasado,
no miro al porvenir.
Para otros las espinas,
las flores para mí,
y en el mundo no hay nadie
como yo tan feliz.
Cantar y bailar, etc.

(La cancion es cada vez mas animada y se mezcla con las endechas ó el llanto de la Reina. Esta, calla para escuchar. Las voces se alejan, se debilitan y por último se pierden y cesan en lontananza. La Reina se acerca á la ventana y sigue con la vista á las jóvenes que pasan. Cuando no oye nada, deja la ventana con agitacion.)

REINA. (Abriendo la ventana.)
¿Mas qué voces son esas?
Las aldeanas son
que, libres y dichosas
despues de su labor,
á sus hogares tornan
cantando al dulce son
de alegres instrumentos
mil cántigas de amor.
¡Ay! ellas son felices;
pero la reina, no.

Para ellas son las flores
y los amores,
y las delicias,
y las caricias
de la ilusion.
En cambio ¡ay! los llantos,
y los quebrantos,
y los lamentos,
y los tormentos
para mí son.

No destrozan las penas
su corazon;
y entre lágrimas paso
la vida yo.
Su voluntad es libre,
libre su amor,
y yo con ser su reina
la esclava soy.
¡Ay! ellas son dichosas;
pero la reina, no.
(Cesan la música y el canto.)

ESCENA II.

La REINA, sentada, y el REGENTE.

REINA. ¡Ya era hora de que vinieses;
llena estaba de impaciencia!...
REG. Vuestra majestad entonces
me ha de permitir que crea
que de algun negocio urgente
se trata...
REINA. (Chasco se lleva
si piensa que voy á hablarle
de lo que á él le interesa.)
No, Fadrique, nada de eso,
sino que hoy la tristeza,

sin saber por qué... me agobia...
y, francamente, quisiera
hablar contigo un momento...

REG. ¡Cómo, señora!...

REINA. Aunque sea
de ese rey que me propones.

REG. Sí, para de esa manera
poder encontrar la causa
del pesar que os atormenta...

REINA. En tu lenguaje, Fadrique,
claramente manifiestas
que estás conmigo enfadado,
porque esta mañana, apenas
me hablaste, quedé dormida...
Pues bien, mi tutor, dispensa;
pero de aquí en adelante
te dá palabra la Reina
de escucharte cuanto hables
con la atencion mas completa...
(Levantándose)
Y por si acaso lo dudas
haz ahora mismo la prueba;
háblame de algun negocio
de estado...

REG. Señora...

REINA. Empieza.

REG. Lo que es en este momento
no hay ninguno con que pueda
dar á vuestra majestad
un mal rato.

REINA. (¡Qué impaciencia!)
Pero ahora que estamos solos
dí, ¿por qué de esa manera
te enojaste... con Fernando?...

REG. El momento ya se acerca
en que debe reunirse
el consejo... Á su presencia,
del crímen que ha cometido
ha de dar estrecha cuenta.

REINA. Pero, ¿qué *crímen* es ese?

REG. Es tal, que cuando lo sepa
vuestra majestad, de fijo,

y apostára la cabeza,
en reclamar el castigo
del culpable, es la primera.

REINA. Habla pues.

REG. Mientras dormiais,
de la ley haciendo befa,
que, so pena de la vida,
tocar prohibe á la Reina,
osó esta mañana... (dudo
si á decíroslo me atreva)
marchitar vuestra real mano...
estampando un beso en ella!...

REINA. (Vivamente y con ingenua admiracion.)
¡Un beso!...

REG. ¡Cómo, señora!
¿No se irrita y se exaspera
vuestra majestad?

REINA. Sin duda...
me irritaré... si lo prueban...
¡Pero es tan inverosímil...
sobre todo á tu presencia!

REG. No estaba solo, señora...
nuestro platero y Estrella
tambien se hallaban... y apelo
á su testimonio...

REINA. (Es fuerza
que les hable...)

ESCENA III.

DICHOS y ESTRELLA.

REG. Justamente
aquí, señora, se acerca...

REINA. (¡Muy pronto!... ¿Cómo avisarla?...)

REG. Á tiempo llegais, Estrella.
Decidnos: esta mañana
cuando hallasteis á la Reina
dormida, ¿que pasó?
(Movimiento de ansiedad en la Reina.)

ESTR. ¡Nada!
(Movimiento de gozo en la misma.)

¿Qué quereis que sucediera?

REG. ¡Oh! ¿no visteis?...

ESTR. ¡Ciertamente!...
ví que dormia la Reina.

REG. ¿Y despues?

ESTR. Despues, señor,
que gritando vuestra alteza...
la despertó...

REINA. (Al Regente.) ¡Todo eso
sucedió al pié de la letra.

REG. Sí, mas tarde... (Á Estrella.) ¿pero antes
de que eso aconteciera,
no visteis allí á Fernando?

ESTR. (Con aire de admiracion.)
¡Cómo! ¿el marqués de Ledesma...
estaba allí?

REG. (Con impaciencia.) ¡Pues es claro!
si mandé que le prendieran...

ESTR. Si no estoy equivocada,
señor, con él vuestra alteza
llegó, casi al mismo tiempo...

REG. Sí, mas uno hácia la Reina
se inclinó...

ESTR. ¡Cierto!... vos fuisteis...

(Al pronunciar Estrella la palabra «cierto,» la Reina hace un movimiento de extrema inquietud y el Regente dá un paso hácia ella; pero despues que añade, «vos fuisteis,» se vuelve apresuradamente.)

REG. ¡Yo!

ESTR. Para hablarla...

REINA. ¿De veras?

ESTR. Del rey de España...

REINA. (Al Regente con alegria.) ¡Ah, Fadrique!
¿con que eras tú? Mas no temas
que por eso te regañe.

REG. (¡Se me acaba la paciencia!
¡Esto solo me faltaba!)

REINA. Preciso es que te convenzas
de que todo es duda...

ESTR. ¡Todo!

REINA. De que no hay ninguna prueba...

ESTR. ¡Ninguna!

REINA. Y de que seria
absurdo, obrando en conciencia,
el suponer que ese jóven
tan tímido, capaz fuera...

ESTR. Acabo de verle ahora
en esa sala...
(Señalando la puerta de la izquierda, cubierta con una cortina.)

REINA. ¿De veras?
¿con que está ahí?

ESTR. Sí, señora,
preso entre los centinelas
que le guardan...

REINA. (¡Oh, Dios mio!)

ESTR. «No esteis triste; fuera penas,»
le he dicho: «¡Valor y dadme
esa mano...»—«Nunca, Estrella,
ni á vos, ni á nadie,» repuso.

REINA. ¿Esa ha sido la respuesta
que os ha dado?

ESTR. Sí, señora.
Ya veis... (Al Regente.)

REG. Sí, que es una prueba
de su crímen.

REINA. ESTR. } ¡No hay tal cosa!

REG. Yo, sin embargo, creyera...
y si á confesar le obligo...

REINA. (¡Oh, cielos!)

ESTR. (Que le prevenga
es preciso... ¿pero cómo?...)

REG. Señora, en vuestra presencia
permitid que le interrogue...

REINA. ¡Aun no! (Con viveza.)

REG. ¿Por qué?...

ESTR. Ahora se arregla
su majestad el tocado.

REINA. Eso es.

REG. Pero...

REINA. ¡Paciencia!
Despues le oiremos...
(Entran cuatro damas de la Reina con riquísimas ca-

jas ó cofrecitos llenos de adornos. Algunos criados aproximan la mesa del tocador, á que se acerca la Reina.)

Mi velo...
mis collares... mis pulseras...
¿dónde está mi ramillete?...

ESTR. Voy á hacerlo con presteza.

(La Reina se sienta delante del tocador, rodeada de las damas de su servidumbre. El Regente se dirige á la puerta del fondo, llama á un oficial de guardias y le dá una órden en voz baja. Estrella coge varias flores del canastillo colocado sobre la consola y las pone en una mesita que habrá junto á la puerta que conduce á la sala en que está Fernando.)

(No puedo verle y comprendo
las miradas de la Reina...
¿De qué medio me valdré
para que Fernando entienda?...

(Dá algunos pasos hácia la Reina, quien cambia con ella una mirada de inteligencia. El Regente, que ha despedido al oficial, vuelve en este momento, fija la vista en Estrella; la cual, herida de repente de una idea, dice aparte.)

Le cantaré una cancion,
recuerdo de mi edad tierna.)

(El Regente, prévio el permiso de la Reina, se ha sentado junto á ella. Estrella vá á sentarse junto á la mesita y, mientras hace el ramo de la Reina, canta de manera que Fernando le oiga.)

MUSICA.

ESTR. En materia de amores
mucho silencio,
que una palabra suele
comprometernos.
Callar es lo mejor y lo primero,
porque cumple el silencio
á un caballero.
¡Calla y tu dicha labras!...
Al buen entendedor

pocas palabras...

(El Regente la mira; ella se levanta, se aleja de la puerta y sigue cantando; pero sin intencion y ocupándose solo del ramo.)

Los mas dulces secretos
de tierno amor
no deben salir nunca
del corazon.
Que en boca del discreto
lo público es secreto.

(Se acerca insensiblemente á la puerta levantando la voz.)

Á veces por hablar
se pierde mas de un bien,
que siempre *por la boca*
dicen que *muere el pez.*
Prudencia en el hablar,
que siempre *llaman Sancho*
al buen callar.

(Estrella dice estas últimas palabras muy cerca de la puerta, se aleja con los ojos clavados en ella y repitiendo el refran con marcadísima intencion. De pronto vé que el Regente está á su lado y aparenta dirigirse á él. Se lleva un dedo á la boca: el Regente cree que es una seña que le hace y besa la mano de Estrella, quien le entrega el ramo concluido, que aquel presenta á la Reina. Estrella vuelve con precaucion hácia la puerta, y entre la cortina que descorre, aparece la cabeza de Beltran.)

ESCENA IV.

LOS ANTERIORES y BELTRAN.

DECLAMADO.

BELT. (Á Estrella.)
¡Silencio!
ESTR. (Admirada.) ¡Beltran! No importa;
ha debido comprenderme.

(Dirigiéndose á Beltran, que entra.)
¿Está Fernando?

BELT. Hace tiempo
que vinieron á prenderle.
(Señalando la puerta del fondo, en que aparece Fernando rodeado de guardias.)
¡Pero él mismo vá á sacarte
de la duda: aquí le tienes!

ESTR. ¡Cielos, todo se ha perdido!

BELT. (En voz baja.)
Serénate; mi caletre
ha comprendido las coplas
que has cantado, (entre paréntesis,
con mas refranes que letras),
mas de mi boca no esperes
que salga...

ESTR. Pero ¿y Fernando?

BELT. ¿Quién, él? Los labios se muerde.

ESCENA V.

La REINA, sentada; el REGENTE, FERNANDO, rodeado de guardias, ESTRELLA y BELTRAN.

REG. (Á Fernando.)
Acercaos; que la Reina
quiere oiros, don Fernando:
¿El crímen de que os acusan
lo hábeis quizás olvidado?

FERN. (Con trasporte.)
¿Olvidarlo? ¡Nunca, nunca!
¿Cómo pudiera olvidarlo
si es un recuerdo que labra
mi ventura; si es tan grato,
tan dulce, tan halagüeño,
que por él siento abrasado
mi pecho de ardiente llama?
¿Cómo pudiera olvidarlo,
si por él tan solo existo,
si él es mi sueño dorado?
(Al decir Fernando las primeras palabras, Estrella procura hacerle señas para que se calle; cuando el

Regente la mira, se detiene y toma un aire de indiferencia. La Reina se levanta. Estrella y Beltran estan consternados.)

¡Ah, señora, no veais
un ultraje en lo que acabo
de deciros. El amor
que os profeso, puro y santo
como el que profeso á Dios
ha sido siempre.

REINA. (Cuitado!)

REG. (Á la Reina.)
Vuestra majestad lo ha oido...

ESTR. (¡Qué imprudente!)

BELT. (¡Qué gaznápiro!)

REINA. (¡No hay esperanza!)

(Fernando, á quien el Regente indica que se vaya, se dirige al fondo, donde estan los guardias. Beltran, conduciendo á Estrella, se une con Fernando junto á la puerta, y le dice algunas palabras.)

REG. (Coge á Estrella por el brazo para decirla aparte:)
Aunque á mí
tan mal me has calificado,
á juzgar por tus desdenes;
(Le dá un billete.)
toma y lee; mas te encargo
que obedezcas ó si no...
(La amenaza con el dedo.)

ESTR. Está bien.

REG. ¡Es que... cuidado!

(Beltran, en el momento que Fernando desaparece, viendo que Estrella no está ya á su lado, la hace señas para que le siga y se van.)

ESCENA VI.

El REGENTE y la REINA.

REG. Ya habeis oido, señora,
que todo lo ha confesado.

REINA. ¿Y no sabes que ese jóven
desciende de soberanos?

REG. Sí, señora...

REINA. Pues no quiero
que muera, ¿estás? Yo lo *mando.*
(Con imperio.)
Pero en vano me incomodo,
en vano séria te hablo,
porque nunca en tu cabeza
esa idea has abrigado...
¡Morir tan jóven!... ¡morir
por tan leve desacato!...
fuera un absurdo... y absurdos
no puedes tú tolerarlos.

REG. Vuestra majestad no ignora
que en servirla me complazco;
pero...

REINA. Eso que llamas crímen
tú solo lo has presenciado.

REG. Los ministros de justicia
lo saben.

REINA. Como un relámpago
la noticia circuló...
Muy solícito has andado;
mas no importa, no tendrán
valor para condenarlo...

REG. Faltarian á la ley
si no lo hiciesen...

REINA. (¡Dios santo!)

REG. (Y yo acabo de advertirles
á todos que no hagan caso
de las súplicas que hacerles
ante la Reina he pensado.)

REINA. ¡Oh! si á muerte le condenan,
yo, con mi perdon, le salvo,
porque puedo perdonar.

REG. Aun no, señora: es temprano.

REINA. (Con arrogancia.)
¡Qué dices! ¿no soy la Reina?...

REG. Menor de edad.

REINA. (¡Cielo santo!
verdad es!) ¿Y entonces quién
podrá salvar á Fernando?

REG. Solo una persona.

REINA. ¿Tú?

REG. ¡Oh! no es mi poder tan alto.
REINA. (Con impaciencia.)
¿Pues quién?
REG. El rey vuestro esposo,
y el príncipe...
REINA. (¡Qué pesado!)
REG. Estoy seguro de que...
REINA. ¡Basta! Salid.
REG. Ya os complazco. (Váse.)

ESCENA VII.

La REINA sentada, y ESTRELLA, que entra con precaucion.

MUSICA.

DUO.

ESTR. (¡Ya no está!) ¡La Reina!
REINA. (Levantándose.) ¡Estrella!
¿Eres tú, hija mia? ven:
tu presencia en este instante
llena mi alma de placer.
(Le tiende la mano.)
ESTR. (Con miedo.)
¡Oh! Señora, yo os suplico
que la mano no me deis,
porque besos mil la diera...
REINA. ¡Tienes miedo!... ¡eso es!
ya comprendo, la etiqueta...
ESTR. Y la ley...
REINA. ¡Maldita ley
que así labra mi desgracia!
¡Los que me aman, por temer
su castigo, me abandonan!
¡dices bien... aléjate!
ESTR. ¡Nunca, nunca! de mi suerte
nada tengo que temer;
¿qué me importa á mí la muerte
si me dá muerte un placer?

REINA. Vete, vete; de tu suerte
mucho tienes que temer,
si no quieres que la muerte
te ocasione ese placer.
(Estrella coge la mano de la Reina, la estrecha y la besa cayendo á sus piés.)

REINA. (Mirando á todas partes con terror.)
¡Desventurada!
suelta.

ESTR. ¿Porqué?
No temais nada,
nadie nos vé.
(La Reina la levanta con ternura.)
Tal vez, señora,
y aun sin tal vez,
dichosa Estrella
llegara á ser
si no temblase...

REINA. ¿Temblar? ¿por quién?

ESTR. ¡Ay, por Fernando!
¿qué va á ser de él?
¿No ha delinquido?...

REINA. Yo nada sé,
porque dormia
y él sin querer...
lo ví...

ESTR. (Con viveza.) ¿Lo visteis?

REINA. ¡No, lo soñé!

ESTR. (Mirándola, y despues sonriéndose aparte.)
Como dormiais,
lo creo bien.
¡Vaya un delito!

REINA. Pues eso fué
lo que á Fadrique
dije.

ESTR. Y tambien
lo dirá el mundo:
¡oh! si esa ley
rigiera á todas,
entonces...

REINA. ¿Qué?

ESTR. Que don Fadrique

conmigo, á fé,
lo que hace ahora
no haria...

REINA. ¿Y bien?
Nada me ocultes.

ESTR. Pues atended.
Hace mucho tiempo
que mis pasos sigue,
y que me persigue
con tenacidad.
De esto que hoy me ha dado
ante mi marido,
lea el contenido
vuestra majestad.
(Le dá el billete.)

REINA. (Viéndolo.)
¡Cielos, un billete!

ESTR. Pídeme una cita.

REINA. ¿Eso solicita?
¡Qué temeridad! (Leyendo.)
¡Y es en esta sala!

ESTR. Dentro de una hora.

REINA. ¡Cómo!

ESTR. Sí señora:
¡y en la oscuridad!

REINA.	ESTRELLA.
Pues se atreve	Pues se atreve
el muy aleve	el muy aleve
tu cariño	mi cariño
á conquistar;	á conquistar;
á fé mia,	osadia
es osadia	es que, á fé mia,
que se debe	yo no puedo
castigar.	tolerar.

(Aparece Beltran en el fondo, y al ver á la Reina se detiene.)

DECLAMADO.

ESTR. Aqui está Beltran, señora:
voy á decírselo...

REINA. ¡Pues!
ni una palabra! ¡Á tu esposo
mucho menos!...

ESCENA VIII.

Las MISMAS y BELTRAN, con una corona real en la mano.

BELT. ¡Mi mujer
con la Reina en esta sala!...
REINA. ¿Qué quieres?
BELT. (Aturdido.) Perdóneme
vuestra majestad, y crea...
que si yo llego á saber
que se halla aquí... de seguro
no me atrevo... sí... eso es...
no me atrevo... no me atrevo...
REINA. Vamos, acaba.
BELT. Á tener
el honor... de permitirme...
de penetrar... así... pues...
(¡Yo no sé lo que me digo!
Como hasta ahora no pisé
palacio alguno, en pensando
que con la Reina ó el rey
tengo que hablar, lo confieso,
me entra un miedo como diez.)
Sí... lo que al señor Regente
hace un rato presenté...
ahora á vuestra majestad
se lo traigo...
REINA. ¡Y bien! ¿Qué es?
BELT. Es... la corona nupcial
que me encargaron...
REINA. ¡Con que
ya está hecha la corona!
BELT. Aquí está: ¿la quiere ver
vuestra majestad?
REINA. No, deja.
BELT. Bien; pero...
(Estrella le dá con el codo para advertirle que se calle.)

Bien, es que... (Id.) ¡Bien!
(¡No quiere apreciar su mérito!)
Ya solo falta poner
«Beltran fecit.»

REINA. Mucha prisa
se dá el Regente. Óyeme:
puedes despacio y con calma
lucir tu diestro pincel
en esa corona, ¿entiendes?
Pues la boda para que
te fué encargada, no lleva
trazas de hacerse: esto es
lo que dirás de mi parte
al Regente. ¡Aléjate!

BELT. (Ap. á Estrella.)
Costilla mia...

ESTR. ¿Qué quieres?

BELT. Vámonos...

REINA. No, tu mujer
se queda conmigo.
(Á Beltran,) Y tú
sal de aquí... Estrella, ven. (Váse.)

BELT. (Llamando á Estrella, que sale con la Reina.)
¡Ps, ps, ps! (¡No me hace caso!)
¡Ps, ps!

ESTR. ¿Qué?

BELT. Oye, mujer...

ESTR. (Desde la puerta.)
Déjame, no tengo tiempo.

BELT. Pero escucha...

ESTR. (Desapareciendo.) Déjame.
(Váse con la Reina.)

ESCENA IX.

BELTRAN, despues un PAJE.

BELT. (Solo.)
¡Qué significa!... La Reina
ha dicho: «No, tu mujer
»se queda conmigo...» ¡Vamos,
no acierto!... ¡Y yo que pensé

llevarla esta noche á casa!...
¡Oh, qué mal sabe tener
una esposa destinada
al servicio de su rey!...
Pero, al fin, con mi corona
me quedo...
(Vá á colocarla sobre el tocador, y dirigiéndose á ella, dice:)
Testigo fiel
de mis continuas vigilias,
segun llegué á comprender,
por ahora no haces falta:
¡corona, descansa pues!
(Viendo el billete que se dejó olvidado la Reina.)
¡Mas calla, qué miro! ¡El nombre
de Estrella en este papel!
(Lee en voz muy baja.)
¡Es un billete amoroso...
una cita!... ¡Estamos bien!
¡Sin firma!... ¿Quién es el guapo
que me roba á mi mujer?
¡Y es aquí... en esta sala...
con toda desfachatez!...
La Reina me ha prohibido
quedarme aquí; y cuando entré
decia: «Ni una palabra
»á tu esposo...» ¡Á ver, á ver!...
(Sigue leyendo.)
«En prueba de que consientes
»en la cita, envíame
»por el paje Lazarillo
»una flor...» ¡Por vida de!...
¡Oh, si los cojo infraganti!...
(Leyendo.)
«Te aguardo al anochecer;
»apagadas estarán
»las luces.» ¡Sí, eso es,
la oscuridad vale mucho!
(Un paje, que acaba de entrar sin que Beltran le haya visto, apaga las luces que estan á su lado.)
¡Pues á oscuras me quedé!
¿Quién vá?

PAJE. Un paje de la Reina.
BELT. ¿Lazarillo? (¿Lucifer?)
PAJE. El mismo.
(Se dirige á la mesita del otro lado, donde tambien habrá luces.)
BELT. ¿Por qué apagais?...
PAJE. Recibí esa órden.
BELT. (¡Pues,
ya lo comprendo!) Y decidme,
(Con aire de indiferencia.)
no recibisteis tambien
una flor... algun mensaje?...
PAJE. ¡Ah ya! ¿con que vos sabeis?...
BELT. (¡Me dá ganas este necio
de arrimarle un puntapié!...)
PAJE. (Á media voz.)
Un ramillete de flores ..
aquí lo traigo.
BELT. (Con despecho.) (¡Pardiez,
todo un ramillete!) ¡Bueno!
que os entregó mi mujer
para...
PAJE. Para don Fadrique.
(Apaga las segundas bujias, y sale.)
BELT. (Solo, estupefacto.)
¿Para don Fadrique, eh?
¡Nunca lo hubiera creido!...
¡Pobre Beltran, ya lo ves!
¡ahí tienes por qué queria
que te casaras; por qué
te ha hecho platero de cámara!
¡Señor Regente, muy bien!
¡Me mandais hacer coronas
de oro, y vos me tejeis
una de... espinas! Mil gracias;
¡mal garrotazo te den!
¡Te han engañado, Beltran!
¡Es posible! ¡Y mi mujer
no se niega! ¡accede á todo!
¡Sí, hija mia, haces muy bien!...
Y la Reina, que me hable
le ha prohibido... y despues

me ha dicho que me retire...
Aun no me atrevo á creer...
¡La Reina!... ¡Cá, imposible!...
Y no obstante oí muy bien
que me dijo: «sal de aquí.»
¡Vive Dios que no saldré!
¡Ya entiendo! quieren robarme
la joya de mas valer
que tengo... Pero alguien viene:
¿en dónde me ocultaré?...
aquí detrás...
(Se esconde detrás de la cortina de una puerta lateral, y asomando la cabeza, dice:)
¡Voto á brios!
¡pues si á esto llaman tener
un buen destino en la córte,
mal haya el destino, amen!

ESCENA X.

BELTRAN, escondido, despues el REGENTE, mas tarde la REINA y ESTRELLA.

MÚSICA.

CUARTETO.

Belt. Sin ser visto, aquí me oculto
observando lo que pasa;
si consigo huir el bulto
lo demas lo arreglaré.
¡Lazarillo, Lazarillo!
si te agarro, si te pillo,
si te cojo, si te atrapo,
como un trapo te pondré.

Reg. (Entrando con misterio.)
Ya es la hora señalada
y á mi amada
voy á ver;
como no falte á la cita,
¡pobrecita!

en mis redes vá á caer.

REINA y ESTR. (Que entran por la puerta opuesta á la en que está Beltran.)

Ya es la hora convenida,
y en seguida
vas / voy } á ver
al Regente
que, inocente,
en el lazo vá á caer.

REINA. ¡Silencio, Estrella!

ESTR. Muy puntual
es don Fadrique...

REINA. ¿Le ves quizás?

ESTR. Si no me engaña
la oscuridad,
un bulto negro
viene hácia acá.

REINA. ¡Calla, y no tiembles!

ESTR. ¿Por qué temblar?
¡Si vá conmigo
su majestad!

REG. Si en las tinieblas
no veo mal,
allí una sombra
parada está.
¿Sois vos, Estrella mia?

REINA. (Á Estrella.) Responde.

BELT. (Siento hablar
y escucho, mas no oigo;
¿en qué consistirá?
No sé; pero de rabia
no puedo resollar:
ya tengo la cabeza
lo mismo que un volcan.)

REG. ¡Estrella, Estrella mia!

REINA. (Á Estrella.)
Respóndele

ESTR. (Sube hácia el fondo con la Reina.)
¡Señor!

REG. (Viniendo al sitio de donde ha salido la voz de Estrella.)

¿Por qué con tus desdenes
castigas mi pasion?

REINA. (Bajo á Estrella.)
Responde.

ESTR. (Alto.) Tengo miedo.

REG. (Subiendo hácia el fondo mientras que Estrella baja con la Reina.)
¿De qué? ¡Fuera temor!
¡La Reina y tu marido
no estan aquí!

BELT. (¡Bribon,
eso es lo que quisieras
para manchar mi honor:
afortunadamente
te engañas, vive Dios!
La Reina está cien leguas;
pero el marido no.)

REINA. (Beltran está muy lejos;
pero la Reina no.)

REG. Estrella, dáme la mano.

ESTR. ¿Para qué?

(El Regente, que anda buscando en la oscuridad la mano de Estrella, encuentra y coge la de la Reina, que esta le tendia.)

REINA. (Bajo á Estrella.)
¡Ya la cogió!

ESTR. (Sacando la cabeza entre la Reina y el Regente.)
¿Qué osareis hacer con ella?

REG. Darla un beso.

BELT. ¡Voto á brios,
que una ráfaga de aire
mi cerebro traspasó:
contra mi pobre cabeza
se conjura todo hoy.
¡Escuchemos... qué silencio...
yo reviento de furor!...

REG. Un beso...

BELT ¡Quiere besarla!...

(El Regente besa la mano de la Reina.)
¡Santo Dios, ya la besó!

REG. (¡Mia es, la eché el anzuelo
y el anzuelo se tragó!)

REINA. (¡Nuestro es, le eché el anzuelo
y el anzuelo se tragó!)
(Beltran, lleno de ira, despues be decir: «YA LA BESÓ.» desaparece rápidamente por la puerta de la izquierda; Estrella sale por la derecha. El Regente vuelve á apoderarse del brazo de la Reina, que acababa de escapársele, la atrae hácia sí, cae á sus piés cubre se mano de besos, mientras que Beltran y Estrella se presentan cou luces.)

BELT. (Absorto al ver á su mujer frente de sí.)
¡Dios mio, qué veo!

REG. ¡Estrella!
(De rodillas)
(Alzando los ojos.)
¡Cielos, la Reina!

BELT. ¡Oh, placer!
¡Con que la Reina... era ella...
y ella... era... mi mujer!
(Conoce su error, y al ver la confusion del Regente, prorumpe en estrepitosas carcajadas.)

ESTR. ¡Crímen atroz!

BELT. Así es;
y de lesa majestad.

ESTR. Dos lo han visto.

BELT. Sí, en verdad.

REINA. (Al Regente.)
Ya lo oyes: escoge pues.
Para los dos el perdon,
ó para los dos castigo.

BELT. (¡Chúpate esa, buen amigo!)

REG. ¡Señora, por compasion!...

ESTR. ¡Qué cara tan insípida!
¡qué faz tan estrambótica!
¡qué aspecto tan ridículo
presenta el buen señor!
Si por tan grave escándalo
le llevan al patíbulo,
no volverá á dar ósculos
de impuro y torpe amor.

ESTR. En amorosa plática
permanecia extático
y de repente atónito

quedóse el buen señor.
Parece que una víbora
le inoculó en los tuétanos
su líquido mortífero
por ser vil seductor.

REINA. Lleno de amor impúdico
mi mano besó intrépido,
y de repente exánime
quedóse mi tutor.
Es sin igual mi júbilo
pues de este lance el éxito
dará consuelo al ánimo
de mi ángel salvador.

REG. De una pasion volcánica
yo era gustosa víctima,
cuando ese fuego, súbito
labró mi deshonor.
Estoy convulso y trémulo
y de mi cuerpo ¡ay mísero!
se ha apoderado un vértigo
horrible, aterrador.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, los MINISTROS de justicia y toda la córte.

DECLAMADO.

BELT. (Despues de haber ido á la galeria del foro, por órden de la Reina, dice:)
Es el consejo, señora.

REINA. (Al Regente.)
¿Vas á firmar la sentencia?
Pues bien, con los dos clemencia,
ó si no, tu suerte llora.
(Los Ministros se paran un momento en el foro para hablar entre sí en voz baja, y despues se adelantan pausadamente hasta llegar al lado de D. Fadrique. Uno de ellos trae el libro de la ley, otro la sentencia. Los caballeros y las damas de la córte vienen por distintos lados gravemente y con el mas profun-

do silencio. En el ínterin, Beltran dice á Estrella en voz baja.)

BELT. Pero, hombre, ¡quién lo diria!
¿Con que era la Reina?

ESTR. Sí.

BELT. ¡Y yo, necio, que creí
escuchar tu voz!

ESTR. (Riendo.) ¿La mia?

BELT. Lo que son las aprensiones.

ESTR. (Id.) ¡Já, já! déjame reir.

BELT. Sin duda me eché á dormir
y estuve viendo visiones.

ESTR. ¡Majadero!

BELT. Y dromedario;
lo confieso sin modestia;
y bruto y bárbaro y bestia,
lo peor del diccionario.
¿Y sabes que ébrio de celos
por poco te mato á palos?
Los celos deben ser malos
cuando dan tantos desvelos...

REINA. (¡Oh, cuál teme por su suerte!)

MINIST. (Bajo al Regente.)
Prohibisteis la indulgencia
y confirmais la sentencia.

REINA. (Al Regente.)
¿Y la sentencia es?...

REG. (Aterrado.) De muerte!...
(Consternacion general.)

REINA. Pues á tu opinion la suya
une la Reina. (O salvar
á Fernando de Aguilar,
ó su cabeza y la tuya.)

REG. Señores, es inhumano...
¡Por favor!...

MINIST. No, no, imposible.

REG. Mas...

MINIST. La ley es inflexible.

REG. Por su padre...

MINIST. Todo es vano.

REG. La conciencia se resiente
y fuera atroz, inaudito...

MINIST. Expiará su delito.
REINA. (¡Bien!)
ESTR. (¡Muy bien!)
BELT. (¡Perfectamente!)
MINIST. Ved lo que dice la ley.
REG. (Leyendo el texto de la ley en el libro que le presenta un Ministro.)
«Ninguno podrá tocar
»á la Reina ni indultar,
»excepto...
MINIST. Sí...
REG. «Excepto el rey.»
(Terror general. La Reina, que manifiesta no concebir ya ninguna esperanza, vá á sentarse junto á la mesa donde está su corona. Fernando se presenta en la galeria del foro rodeado de soldados.)

ESCENA XII.

DICHOS y FERNANDO, que se dirige á la reina y dobla ante ella una rodilla.

FERN. Señora, no imagineis
que espero una recompensa;
busco el perdon de una ofensa,
¿no me lo concedereis?
Un recuerdo que es mi gloria
y para vos un tormento,
recuerdo, que en vano intento
alejar de la memoria,
hoy me condena. La ley
dice, bien á mi pesar:
«Ninguno podrá tocar
»á la Reina...»
REIN. (Se levanta, coge la corona y poniéndola sobre la cabeza de Fernando exclama:)
«Excepto el rey.»
(Fernando lleno de emocion se levanta. Los ministros de justicia se dirigen al Regente como para protestar; pero este les manifiesta su asentimiento.)

MUSICA.

CORO GENERAL.

Cantos de inmenso júbilo
resuenen por do quier.
¡Que viva don Fernando!
¡Que viva nuestro rey!

FIN DE LA ZARZUELA.

NOTA.

Mr. Scribe, autor de esta zarzuela, hace pasar la escena en el reinado de Leon.

Y el traductor ha estimado conveniente trasladarla á Portugal, por muchísimas y fundadas razones, que seria prolijo enumerar.

Ahora bien: ¿es verdadera ó fabulosa la existencia de una ley, por la cual, como supone el autor de *Los Diamantes de la Corona*, se haya castigado, nada menos que con la pena capital, el acto de *tocar* á los reyes?

Oid á varios de nuestros mas célebres historiadores, y despues fallad:

D. José Ortiz y Sanz, en su Historia de España, tomo 7.°, pág. 170, dice:

«En el Escorial sucedió una cosa de poca impor-»tancia que dió lugar á que la embustera madama »Aunoy fingiese una de las patrañas de que atestó sus »*Mémoires d'Espagne*. Divertíase la reina [1] saliendo á »caballo algunos dias, acompañada de algunas damas »que sabian montar. Hízolo el dia 17 de octubre de »1682, y entre las damas que la acompañaban iba la »hermana del marqués de Jódar. Espantóse su caba-»llo y la despidió con tal furia contra el suelo, que »murió dentro de un rato. De aqui formó la trapacera

---

1 Maria Luisa de Borbon, mujer de Cárlos II.

»Aunoy la fábula de que fué la reina la caida; que se »quedó colgando del estribo, y el caballo alivió mas la »carrera y la arrastró por el patio de palacio; que el »rey la estaba mirando y mandando á los caballeros y »escuderos sacasen á la reina de tan inminente peli»gro; pero que nadie obedeció por estar prohibido con »pena capital tocar los piés de la reina. Por último, »que dos caballeros mas animosos salvaron la vida de »la reina con riesgo de la suya, y hecho esto huyeron »de la córte, bien que la reina les alcanzó el indulto.»

«Por este gusto hablan de España todos los viajeros »y los historiadores franceses, y es una afrenta que no »se avergüencen de semejantes puerilidades.»

Hablando el mismo historiador de Felipe III, tomo 7, pág. 74, dice:

«Asi, recibidos los sacramentos, murió dia 31 (mar»zo, 1621) á las diez de la mañana, en edad de 43 »años. El patrañero Desormeanx escribe con su acos»tumbrada malignidad:—*Que el rey murió del tufo de »un brasero que habia en la sala donde tenia consejo, y »nadie le quiso quitar por no bajarse á hacer un servicio »que toca á los criados.*—Semejantes impertinencias, »afrentosas en un historiador, hacen la mayor parte »de su Historia de España mas digna de ser quemada »que leida.»

D. Modesto Lafuente, en una nota del tomo 15, página 492 de su Historia de España, dice:

«Es pura invencion y fábula lo que el embajador »Bassompierre cuenta sobre la causa de la enfermedad »y la muerte del rey, y que repite Weis en su «España »desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de »los Borbones.» Dicen estos dos escritores extranjeros, »que despachando el rey un dia (primer viernes de »cuaresma), le habian puesto un brasero tan fuerte, »que el calor le hacia caer á hilos el sudor de la cara. »Que el marqués de Povar dijo al duque de Alba, gen»tilhombre de cámara como él, que convendria retirar »el brasero que tanto estaba sofocando al rey. «Mas »como son, añaden, los palaciegos de España tan ob»servadores de la etiqueta, respondió el de Alba que »aquello correspondia al duque de Uceda, sumiller de »Corps. Con esto, y mientras se avisó al de Uceda,

»cuando este llegó encontró tan tostado al rey, que al »dia siguiente su temperamento cálido le ocasionó una »fiebre, y esta una erisipela que con varias alternati- »vas degeneró en una escarlata que le quitó la vida el »26 de febrero de 1621.» Ningun documento ni nin- »gun historiador español dice una sola palabra de la »supuesta anécdota del brasero. Hasta en el dia del fa- »llecimiento yerra el autor de *L'Espagne depuis le »règne de Philippe II,* pues le pone en 26 de febrero, »habiendo sido en 31 de marzo.»

César Cantú en su Historia Universal, traducida al castellano por don Antonio Ferrer del Rio (tomo 25, páginas 472 y 473), hablando de Felipe III, dice:

«Un dia que el rey daba audiencia, un brasero lleno »de carbon, á cuyo lado estaba sentado, le incomoda- »ba mucho, pero la etiqueta no le permitia quejarse, »ni á los cortesanos, que notaban su mal estar, alejar la »causa, por no infringir las funciones reservadas al gran »canciller. Mientras que estaban en busca de aquel »personaje, el rey continuó sufriendo hasta el punto de »llegar á ser el mal mortal y desmayarse: rodeáronle »entonces con todas las reliquias que habia en palacio, »y espiró besando la cruz. (1621.)»

El mencionado autor, en el mismo tomo, en la citada página y en una nota, dice:

«Un accidente del mismo género sucedió en 1681 á »Maria Luisa de Orleans, mujer de Cárlos II.—Cayó »del caballo, y habiéndosele enredado el pié en el es- »tribo, era arrastrada por el patio con peligro de su »vida, sin que nadie se atreviese á poner la mano so- »bre el cuerpo sagrado de una reina. Felizmente dos »gentileshombres eligieron su salvacion antes que la »etiqueta y acudieron á detener el caballo, libertán- »dola. Pero se apresuraron á huir para escapar de la »pena de muerte, que no hubiera dejado de alcanzar- »les si la reina no hubiese implorado su perdon.»

LUIS CORTÉS Y SUAÑA.

La representacion de esta zarzuela fué autorizada en Madrid el dia 8 de abril de 1857 *por el Sr. D. Pablo Yañez, entonces censor de teatros, segun consta en la* Gaceta *de* 20 *de marzo de* 1859.

de la Finojosa.
valle.
de Madrid.
y pasion.
la cadena.
exótica.
y los balcones.
es.
y el amor.
martes!!
de un bandido, ter-
de Diego Corrientes.
de Covadonga.
de la esperanza.
la familia.
a.
o quos.
el zapatero.
silla.
el pecado
el zapatero.
a del vicio.
e allo.
a Murillo.
e on.
a de la Almudaina.
ortuoria.
y bolsillo.
s el Riff.
rlú.
y pocas nueces.
no.
8.
es.
es.
brina.
o.
tiende, ó un hom-
ido
nobleza.
lo que reluce.

Nuevo método de buscar marido.
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pelayo.
Pecados veniales.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
¿Quién es el padre?

Rival y amigo.
¡Rico. de amor!
Reo y juez.
Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patrón de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Santo y peana.
¡Santiago y á ellos!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato a quema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo

Vanidad y pobreza.
Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Moro.
e la ley.
úsica
con
as f.
vecino.
aventurero.
a la ana.
Ma
D. J n.
hor on á Quevedo.
a v
Flor.
auto, el Alcalde pro-
indo
io.
de la ópera.
te.
o y maja.
de.
el h clano.
ro de n difunto.
(dra lírico).
aze
e ca val.
on de Rioja (*Música*).
á es e.

El novio pasado por agua, (*Mús.*)
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
El diablo las carga.
Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La modista.
La Toma de Tetuan.
La huérfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de los sombreros.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo. (*Música.*)
Marina.
Moreto. (*Música.*)
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

...cion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, ...nda de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andri
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hi
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Co
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodr
Vigo	Fernandez
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Here